

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

el hombre que volvió del infierno

burton hare



El coche dobló una curva cerrada sobre dos ruedas, los neumáticos chillando sobre el asfalto. Dio unos tremendos bandazos y al fin logró enfilarse la recta a creciente velocidad, mientras tras él las sirenas de un auto-patrulla aullaban en la noche.

El sedán aún aumentó la velocidad en aquella recta, manteniendo una gran distancia entre él y el coche de la policía del estado. Incluso consiguió aumentarla. Luego intentó reducir la marcha al aproximarse a otra curva.

Los dos policías del auto-patrulla vieron espantados cómo el coche se alzaba en el aire, girando y dando tumbos y desapareciendo más allá del pretil de hormigón que protegía el viraje de la carretera.

—¡Se han matado! —exclamó el conductor.



Burton Hare

El hombre que volvió del infierno

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1355

ePub r1.0

Lds 05.10.18

Título original: *El hombre que volvió del infierno*

Burton Hare, 1976

Cubierta: Salvador Fabà

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

El coche dobló una curva cerrada sobre dos ruedas, los neumáticos chillando sobre el asfalto. Dio unos tremendos bandazos y al fin logró enfilarse la recta a creciente velocidad, mientras tras él las sirenas de un auto-patrulla aullaban en la noche.

El sedán aún aumentó la velocidad en aquella recta, manteniendo una gran distancia entre él y el coche de la policía del estado. Incluso consiguió aumentarla. Luego intentó reducir la marcha al aproximarse a otra curva.

Los dos policías del auto-patrulla vieron espantados cómo el coche se alzaba en el aire, girando y dando tumbos y desapareciendo más allá del pretil de hormigón que protegía el viraje de la carretera.

—¡Se han matado! —exclamó el conductor.

—¡Frena, o les seguiremos nosotros!

El policía frenó suavemente, de modo que cuando llegó a la curva sobre la que flotaba una gran polvareda, el auto se detuvo sin sacudidas.

En aquel instante allá abajo se oyó un tremendo estampido de hierros pulverizados. Los dos policías se asomaron al profundo abismo. Había unas llamas que empezaban a lamer el coche, invisible a semejante profundidad.

Luego, como un volcán en erupción, el depósito de combustible del sedán estalló y todo el coche se convirtió en una inmensa hoguera rugiente.

El policía que había conducido el patrullero murmuró:

—Debían llevar el depósito lleno a tope... ¿Cómo diablos vamos a bajar ahí?

—Hay que volver atrás y llegar hasta la curva donde hay una

cabina telefónica. Desde allí será más fácil descender...

El otro asintió y regresaron al coche. Por el radioteléfono notificaron lo sucedido, al tiempo que emprendían el regreso por donde vinieran.

Les respondieron desde la central. Ya había otros coches en camino, y una ambulancia del sanatorio Los Cedros con enfermeros especializados.

—Pues sí que van a servir de mucho —rezongó el joven conductor del coche cuando se cortó la comunicación—. Siempre pensé que había algo raro en ese sanatorio.

—¿Raro? —dijo su compañero—. Es un sanatorio mental, como tantos otros.

—Quizá.

—No comprendo qué encuentras de raro —insistió el otro.

—Toma como ejemplo esta fuga. Hasta ahora, que yo sepa, un loco se largaba de un sanatorio aprovechando cualquier descuido y eso era todo. Pero estos dos, no. Éstos tumbaron al guardián, y tenían un coche esperándoles. Un coche lleno de gasolina, oculto... Cualquiera diría que se trataba de una fuga de un penal.

—Ya veo...

El auto llegó a la curva donde había una cabina telefónica y se detuvo a un lado. Los dos agentes miraron la oscuridad del abismo al fondo del cual rugían las llamas convirtiendo el coche fugitivo en un amasijo de hierros al rojo vivo.

—¿Bajamos? —rezongó el conductor, sin ningún entusiasmo.

—Hay que hacerlo, aunque no servirá de nada...

Tomaron dos potentes linternas eléctricas y empezaron a descolgarse por la negra ladera.

Cuando llegaban al fondo oyeron, sobre sus cabezas, las sirenas y los motores de otros coches que se detenían.

Las llamaradas rugían envolviendo por completo el coche siniestrado. Los dos agentes lo miraron desde una distancia donde el calor era apenas soportable.

—¿Puedes ver si hay alguien dentro? —rezongó el más joven.

—No... habría que aproximarse más.

—Debimos haber bajado el extintor.

—¿Y de qué hubiera servido? Se necesitaría una bomba de espuma para apagar este infierno.

Otros policías estaban descendiendo por la abrupta ladera. Algunas piedras desprendidas rodaron hasta el fondo del barranco.

En cuestión de minutos hubo más de diez hombres en torno al coche en llamas. Policías y enfermeros, algunos con sus extintores portátiles.

Los extintores apenas consiguieron nada, como no fuera aumentar la humareda y el chisporroteo.

Más tarde, cuando el fuego remitía, llegaron hombres de paisano, y el *sheriff* del condado. Para entonces, podían ver las dos negras formas calcinadas en el asiento delantero del auto destruido. Los cuerpos de los dos fugitivos aún ardían, informes y horribles, retorcidos en medio del laberinto de hierros al rojo.

Un enfermero gruñó:

—Habrá que oír al jefe cuando llegue...

No le hicieron ningún caso. De nuevo rociaron el montón de chatarra con los extintores y, al fin, el incendio se apagó, y sólo quedó una pestilente humareda elevándose en medio de la noche. La luz de innumerables linternas mostraba los detalles de la catástrofe.

El *sheriff* fue el primero en acercarse a los restos del coche.

—Bueno —gruñó—. ¿Cómo sacamos estos dos pedazos de carbón? Supongo que alguien querrá examinarlos en el sanatorio.

La cosa iba por los enfermeros. Eran tres y estaban tan sombríos como la misma noche. No era un trabajo que les entusiasmasen precisamente. Como si les empujaran, pusieron manos a la obra.

Los dos cuerpos eran sendos trozos de carbón, en apariencia. Cuando los sacaron por poco no se desmenuzaron entre sus manos...

* * *

Marion Fordson era una mujer de unos treinta años, tan hermosa que daba vértigo. Cada curva de su cuerpo, cada rasgo de su bellissimo rostro, estaban realzados con sabiduría para que nadie que los viera pudiera quedar indiferente. En ocasiones, de todo ese conjunto de sofisticados encantos había salido el éxito. O salvado la vida, que de todo había habido en su accidentada carrera.

Cuando entró en el bar del Paradisse seguía siendo tan bella y

espectacular como siempre, pero quizá en su rostro faltara el aplomo acostumbrado, la seguridad absoluta que sentía de ordinario.

Miró en torno. También la miraron a ella. Siempre sucedía igual en los lugares públicos.

Cuando descubrió al hombre que buscaba no pudo contener un leve suspiro de alivio.

El hombre se levantó al acercarse ella. Era extraordinariamente alto, de anchos hombros que disimulaba, en parte, la camisa veraniega que llevaba. Un hombre al que las mujeres solían mirar con indiscreta atención, no tanto por su apariencia física, cuanto por un algo extraño que parecía desprenderse de su poderosa apariencia, por el fulgor implacable de sus ojos oscuros y la engañosa suavidad de sus movimientos.

—Sabía que podía contar contigo, Keit —murmuró la mujer cuando él estrechó su mano.

—Siéntate. Vine en cuanto recibí tu recado.

Durante unos instantes quedaron mirándose uno al otro sin hablar, quizá recordando, evocando un pasado cercano, pensando en lo que había sido su vida hasta poco antes, sumergidos en la violencia, el terror, la muerte y fugaces estallidos de pasión que se desvanecían luego como la estela de un fuego fatuo.

—Estás nerviosa —dijo él—. Cálmate.

—También tú deberías estarlo.

—Perdí los nervios hace mucho tiempo. Supongo que tu llamada obedece a las noticias de Los Cedros.

Ella asintió. La proximidad del camarero evitó que hablara y Keit Carradine pidió unas bebidas y luego añadió:

—Leí la noticia en los periódicos. Sam y el otro se mataron al huir. ¿Es eso lo que te ha alterado?

—En parte sí... Sam juró que nos mataría a todos los que habíamos intervenido en aquella infame conjura...

—Estaba loco. Cualquiera que hubiese sufrido lo que él padeció en manos de los rusos, hubiera perdido la chaveta. Pero ahora está muerto... Dios sabe que lo lamento porque fuimos los mejores amigos del mundo antes de todo aquello. De modo, querida, que no veo...

—Tú no quieres entenderlo, Keit.

—¿Qué he de entender?

Ella suspiró.

—Había un coche preparado para su fuga. Alguien lo llevó al bosquecillo y le hizo llegar instrucciones. Alguien preparó su fuga desde el exterior...

—¿Y...?

—Anoche, Keit, un hombre me llamó por teléfono.

—¡Qué cosas! Lo extraño sería que no te llamaran.

—No lo tomes a broma, por favor. Sólo me dijo una cosa... Que yo sería la primera en morir.

Carradine enarcó las cejas, intrigado.

—¿Piensas que es una amenaza en serio? —Gruñó.

—Te aseguro que el hombre no bromeaba.

—Eso es absurdo. En nuestro mundo, la gente no anda advirtiéndote al enemigo de lo que piensa hacer con él. Mata, si tiene oportunidad, pero no avisa con tiempo de sus intenciones.

—Entonces, ¿por qué me llamó a mí?

El camarero volvió con las bebidas. Los vasos estaban empañados por el hielo. Durante unos instantes se dedicaron a beber distraídamente.

El la miraba de vez en cuando. Pensaba en las locas, desesperadas noches que habían vivido juntos sin engañarse, sabiendo en todo momento lo efímero de su relación amorosa.

—Tranquilízate —murmuró—. ¿Qué piensas que puedo hacer por ti? Desde el momento que me has llamado es que tienes alguna idea.

Ella asintió.

—De todos nosotros —dijo, con voz queda—, nunca hubo otro como tú, Keit. Tienes que ayudarme...

—De acuerdo. Dime cómo.

—No sé... Protegiéndome. Iré a vivir contigo.

El sonrió.

—Eso me halaga, Marion. En Roma ya vivimos una experiencia semejante.

—Fueron los únicos días absolutamente felices de mi vida.

—Vendrás conmigo. Tengo un *bungalow* en Miami Beach. Pero es imposible que yo esté las veinticuatro horas del día y de la noche a tu lado. ¿Qué sucederá cuando te quedes sola en la casa?

—Sabiendo que tú me proteges no me importará.

—¿Por qué no has acudido al viejo?

—El no movería un dedo por ninguno de nosotros y tú lo sabes.

—A menos que alguien le obligara...

—¿Qué estás pensando?

—Me parece muy raro todo esto, querida. En primer lugar, esa fuga preparada desde el exterior. Luego, esa amenaza telefónica... Si hay un hombre en alguna parte dispuesto a vengar a Sam, o a castigar a cuantos intervinieron en lo que pasó, lógicamente debería poner al viejo en la cabecera de la lista, no a ti que, después de todo, sólo obedeciste órdenes.

—No hay nadie en este mundo lo bastante loco para atentar contra él. ¿Te atreverías tú?

Los ojos implacables de Carradine centellearon. Dijo simplemente:

—Sí.

Ella se sobresaltó.

—Sí, tú sí —murmuró—. A ti no te detendría nada ni nadie... quizá por eso aún estás vivo cuando tantos otros murieron. Pero tal vez ese hombre, sea quien sea, no ha pensado siquiera en atacarle a él...

—Darle vueltas a una serie de suposiciones no nos conducirá a ninguna parte. Hay que esperar a ver qué ocurre, y entretanto te vendrás a vivir conmigo.

Ella sonrió sin alegría.

—Es una suerte que sigas soltero, Keit. O que no tengas a ninguna mujer contigo. Una suerte para mí quiero decir.

—No hay ninguna mujer en el mundo lo bastante idiota como para arriesgarse a compartir mi vida.

—Nunca me lo propusiste a mí.

El río entre dientes.

—Mi lo hago ahora. Todo esto es una operación de seguridad. ¿Entendido?

Ella asintió. Iba a replicar cuando un botones entró en el bar llamando a Carradine en voz alta.

Keit hizo una seña y el muchacho se aproximó.

—Le llaman al teléfono, señor Carradine —dijo—. Cabina tres, en el vestíbulo.

—Gracias.

Le dio un dólar y se levantó.

—Espérame aquí. Nos iremos cuando haya hablado por teléfono.

El vestíbulo del inmenso hotel era un continuo hormigueo de gentes vestidas con llamativos atuendos veraniegos. Keit entró en la cabina y gruñó:

—Aquí Carradine...

—Necesito verle, Carradine —ladró una voz seca, que le hizo dar un respingo—. Estoy en este mismo hotel, *suite* 1540.

—No puedo creerlo —exclamó—. ¿Qué ha ocurrido para que haya abandonado su poltrona de Washington... *señor*?

—No creo que deba darle explicaciones a usted. Sólo venga. Es urgente.

—Bien.

Colgó, desconcertado.

De modo que la cosa era así de importante...

Regresó al lado de la muchacha y llamó al camarero, a quien abonó las bebidas.

Luego dijo:

—Está aquí, linda.

—¿Qué?

—El viejo. En este mismo hotel y quiere verme.

—¡Increíble!

—Eso mismo pensé yo.

—Algo debe estar cociéndose, Keit. Algo endiabladamente grave, quiero decir, o él no hubiera abandonado su trono.

—Le dije más o menos lo mismo. Por poco no se comió el teléfono.

—¿Vas a ir a verle?

—Claro, ¿por qué no?

—¿Y si te pide que vuelvas a trabajar?

—Le mandaré al infierno.

—No se dará por vencido. Nunca se da por vencido...

Su voz se quebró. Keit enarcó las cejas.

—Tómalo con calma. No es un superhombre ni posee poderes mágicos. No te vayas hasta que vuelva y te llevaré a casa. ¿De acuerdo?

—Sí, Keit.

Marion siguió con la mirada al hombre que se alejaba. Ella sabía cuán implacable podía ser, incluso cuando parecía más relajado. Y conocía perfectamente sus espeluznantes hazañas del pasado. Un pasado que aún era casi presente. Si Keit Carradine no podía librarla de aquella extraña amenaza nadie podría.

Y entonces llegaría la muerte.

CAPÍTULO II

El hombre al que llamaban viejo no era ni remotamente un anciano. Tanto podía contar cincuenta y cinco como sesenta años, pero en su apariencia exterior era un individuo delgado y fibroso, duro como el diamante, con una revuelta cabellera gris y unos ojos grises tan expresivos como un pedazo de pedernal.

—Siéntese, Carradine —gruñó, cuando hubo cerrado la puerta—. Ha sido una suerte que estuviera usted tan a mano.

—En primer lugar, quisiera saber cómo pudo localizarme tan a tiempo. Usted parece que acaba de llegar —dijo, señalando las dos maletas intactas que había al pie del armario.

—No hace ni diez minutos.

—¿Entonces...?

—Le hice vigilar.

—¿Que usted hizo qué?

—Mandé que le vigilaran tan pronto me notificaron la fuga de Sam Culver y de Joe Baxter. Supongo que ha leído los periódicos...

—Ciertamente.

—Bien, yo sé cuánto apreciaba usted a Culver. Se me ocurrió que quizá la jugada del coche esperándoles y todo lo demás, era obra suya, Carradine.

—Está perdiendo facultades, señor —rezongó Keit—. Sam estaba en muy mal estado. Poco le hubiera apreciado si hubiese intentado hacer que se fugara del sanatorio.

—También pensé en eso, pero debía asegurarme, de modo que ordené algunas operaciones de control. Sin el menor resultado, dicho sea de paso.

—Ya veo. ¿Qué fue lo que sucedió en realidad?

—Casi todo ha salido en los periódicos, excepto, claro está, la

clase de sanatorio que es Los Cedros. No podemos pregonar en los periódicos que ese centro sirve solamente para la rehabilitación de agentes secretos... cuando pueden ser rehabilitados, claro.

—Por lo que me dijeron la última vez que visité a Sam, no tenía cura. Era un caso perdido.

—Eso parecía...

—Bueno, ¿qué pasó?

—Sam Culver y Baxter atraparon al vigilante por sorpresa. Le golpearon de tal modo que los médicos desconfían de salvarle. Así que pudieron salir por la puerta sin desencadenar la alarma. Hay un bosquecillo como a un cuarto de milla del sanatorio. Allí estaba el coche, esperándoles. Un coche potente, con el depósito lleno de gasolina para que pudiera recorrer una gran distancia sin necesidad de repostar...

—Si todo les salió tal como lo tenían planeado, ¿cómo fue que les persiguiera un patrullero?

—El destino jugó en su contra. Cuando sorprendieron al guardián, hacía apenas unos minutos que éste había pedido por teléfono que le llevaran café. Lo encontraron y se dio la alarma por radio. Eso les perdió.

—Entiendo. Ahora dígame por qué ha venido usted aquí, y por qué quiere hablarme a mí precisamente.

—Mire, Carradine, usted es casi el único hombre que me queda del primitivo grupo que entrené...

—¿Y qué con eso? Estoy fuera del servicio. Eso quedó muy claro hace tiempo, señor.

—Sí, ya lo sé. Pero quizá deba volver usted a trabajar.

—Olvídelo. Ni por todo el oro de este mundo volvería a estar bajo sus órdenes.

—Eso no puede saberlo usted. ¿No se le ha ocurrido pensar quién y por qué liberó a Sam Culver? Dado que no fue usted, ni ninguno de los otros que quedan, ¿quién pudo hacerlo?

—Maldito si lo sé. Y déjeme decirle que tampoco me importa lo más mínimo.

—¿Y si alguien deseaba recuperar a Culver?

—¿Recuperarlo? Estaba loco, señor. No servía ya para maldita la cosa.

—Quizá supiera algo que interesara a ciertos servicios

extranjeros, Carradine.

—Si era así, averígüelo, pero no cuente conmigo.

—Lo malo para usted, es que sí cuento con su ayuda.

Keit enseñó los dientes en una mueca de lobo.

—No, señor —dijo—, ya no. Aquello acabó cuando usted vendió a Culver como si fuera un saco de patatas. Le mandó a una misión al otro lado del Telón de Acero, pero haciendo los arreglos necesarios para que fuera capturado allí.

—Nunca imaginé que le someterían a semejantes brutalidades... Era una simple operación de intercambio, Carradine. Se había hecho otras veces, usted lo sabe.

—Todo lo que yo sé, es que cuando devolvieron a Culver estaba convertido en un ser babeante, aterrorizado, incapaz de balbucear tres palabras seguidas y coherentes.

—Mírelo desde otro punto de vista —gruñó el hombre de Washington—. Gracias al sacrificio de Culver pudimos introducir uno de sus propios agentes, como intercambio. Pero cuando se lo devolvimos estaba ya a nuestro servicio y los beneficios que nos ha proporcionado son de tal magnitud que la vida de un hombre, ni de una docena, apenas importan. Y sigue aún facilitándonos material de asombrosa importancia.

—Eso debió decírselo a Sam. Quizá le hubiera gustado saber que el espantoso infierno por el que pasó estuvo planeado desde un principio...

—¡Déjese de sentimentalismos, Carradine, no caben en nuestro trabajo!

—Yo ya no hago ningún trabajo. Y voy a decirle algo más, señor. Quien fuere que ayudó a Sam, está dispuesto a vengarlo ahora.

—¿Vengarlo?

—Anoche le dije a Marion Fordson por teléfono que ella era la primera de la lista. La primera a quien mataría. Tengo la esperanza de que también le haya incluido a usted en ella si realmente se trata de ajustar cuentas a los que intervinieron de un modo u otro en esa porquería que hicimos con el pobre Sam Culver.

—No puedo creer que esa amenaza esté relacionada con...

—Déjese de lo que puede creer o no. Yo estoy convencido de que sí está relacionada y haré todo lo que esté en mi mano para proteger a Marion. Pero no moveré un dedo por usted ni por

ninguno de los otros.

—Yo no necesito su protección —rezongó el hombre—. En cuanto a esa amenaza, ¿por qué no puede tratarse de alguien resentido contra esa mujer? Un galán despechado y esquizofrénico tal vez.

—Dijo que había una lista, recuérdelo.

—Ya... Bien, eso queda al margen. Quiero que vuelva usted al trabajo, Carradine.

Éste sacudió la cabeza.

—No, señor. Ni a punta de pistola. Por mí, usted, su organización y la CIA tras la que se amparan, pueden irse al mismísimo infierno.

—¿Es su última palabra?

—Y definitiva.

—¿No le importa que pueda estar tejiéndose una grave conjura contra su propio país?

—¡Al diablo! No emplee frases rimbombantes conmigo. De cada cien misiones que hemos llevado a cabo, y que aún siguen desarrollándose, noventa y cinco no sirven al país, sino a los todopoderosos grupos financieros, a las multinacionales que explotan en nombre del progreso, corrompen cuanto tocan y comprometen el prestigio de ese país por el que usted quiere que vuelva a trabajar.

—Le concedo que en buena parte tiene usted razón. Pero si pensara en que por lo menos esas cinco misiones que quedan en su cálculo son realmente para la seguridad de nuestra patria, le faltaría tiempo para volver a desarrollar sus actividades.

—Está perdiendo el tiempo, señor. Nunca volveré y eso es tan definitivo como la muerte.

El hombre suspiró. Estaba pálido y Keit sabía cuánto debía costarle contenerse.

—Ojalá no tenga usted que lamentarlo algún día, Carradine. Yo creía que a pesar de todo era usted un hombre de honor.

—No haga chistes, señor. ¿De qué maldita cosa sirve el honor en nuestro trabajo?

—Hemos terminado.

Keit se levantó. Durante unos segundos estuvo balanceándose sobre sus largas piernas, mirando fijamente a su interlocutor. Y su

mirada no era precisamente amistosa.

—Piense en esa amenaza contra Marion —dijo al fin—. Si se trata de lo que yo creo, usted también estará en la lista... Tal vez no le divierta tanto como enviar hombres y mujeres a la muerte desde una mesa de despacho, pero por lo menos vivirá una experiencia personal. La de morir violentamente.

Dio media vuelta, abrió la puerta y salió cerrando a sus espaldas.

Estaba furioso consigo mismo por haberse dejado alterar por aquel hombre. Sin embargo, en otro orden de cosas sentíase satisfecho por haber tenido la fuerza de voluntad suficiente para negarse a sus pretensiones, por haberse mantenido firme en su propósito de no volver jamás a realizar el feroz, el nauseabundo trabajo para el que, en un tiempo, le entrenaran hasta la extenuación.

Encontró a Marion sumida en sus pensamientos. Había pedido otra bebida y Keit la abonó al camarero y dijo:

—Ya podemos marcharnos.

—¿Qué ha pasado con él?

—Nada. Está muy preocupado al parecer.

—¿Te propuso empezar otra vez?

—Sí.

—¿Y...?

—Le dije que no. Y añadí que si la amenaza que te hicieron a ti, mencionando una lista de futuros cadáveres, era real, tenía la esperanza de que él estuviera incluido en ella en el lugar de honor. No le gustó.

Ella caminó al lado del gigante sintiéndose súbitamente relajada y protegida.

—No sé qué hubiese hecho sin ti, Keit —murmuró, cuando estuvieron en la acera.

—Yo tampoco soy un superhombre, nena, de modo que no vayas a confiarte excesivamente.

La noche era oscura y estrellada. De la bahía Biscayne llegaba una brisa tibia impregnada del olor del mar. La brisa mecía las altas palmeras del paseo y la noche hubiera podido ser la más agradable del mundo para Marion de no mediar la extraña amenaza.

Llegaron junto al coche de Carradine. Era un modelo deportivo de aspecto agazapado y poderoso. Abrió la portezuela para que la

mujer se acomodara en el asiento y él fue a instalarse ante el volante.

—De todos modos —dijo de pronto, cuando ya estaban rodando hacia Miami Beach—, no deja de ser sorprendente el modo cómo lo prepararon todo para librar a Sam...

—¿Te preocupa?

—No más que otra cosa cualquiera. Me intriga solamente.

—Tú eras su mejor amigo... ¿No puedes pensar en alguien determinado que quisiera ayudarlo?

—En absoluto. Es más, sacarlo del sanatorio en el estado en que se encontraba no era ninguna ayuda, sino todo lo contrario.

—¿Y si fuera él quien lo planeó?

Carradine la miró fugazmente para asegurarse de que hablaba en serio.

—Según mis noticias, el pobre Sam no estaba en condiciones de preparar nada semejante. Además, necesitó ayuda del exterior, recuérdalo.

—Quizá no estuviera tan mal como todo el mundo creía... La última vez que le vi rebosaba odio y ansias de venganza. Y para vengarse debía escapar del sanatorio.

El pensó sobre eso. Que un hombre en las condiciones de Sam Culver quisiera vengarse no era nada descabellado. Lo que hicieron con él en aras de un pretendido deber beneficioso para el país, era tan monstruoso que no podía engendrar más que violencia vengativa. Pero para eso, para esa venganza, Culver hubiera debido conservar muchas más facultades de las que poseía en el sanatorio. Desde luego, muchas más de las que conservaba después de su espantosa experiencia en manos de los expertos del antiespionaje ruso.

—No puedo creerlo —gruñó al fin—. Pero si alguien pretende hacerte el menor daño a ti haré algunas averiguaciones y te aseguro que algún tipo saldrá descalabrado, pequeña.

—A veces pienso que fuimos unos insensatos al alistamos, Keit.

—Bueno, nunca sirvió de nada llorar por la leche derramada. El pasado quedó atrás, enterrado para siempre. Si lo piensas bien, hubo también sus días buenos en todo aquello. Por lo menos para mí.

—Tú siempre fuiste distinto. Podías disfrutar en medio del

horror y el riesgo. Una vez vi cómo te reías entre dientes, y estábamos cercados en aquella casa de Beirut. Iban a atraparnos y todos sabíamos lo que nos esperaba si nos cogían vivos... y tú te reías, agazapado en la Oscuridad, justo cuando te disponías a saltar sobre aquél árabe...

—Todo eso pertenece al pasado. Ahora es diferente. Hemos vuelto a ser seres civilizados, ¿no te parece?

El coche enfiló una avenida sobre la que se desbordaba la vegetación de los regios jardines que había a ambos lados. De pronto, Keit Carradine frenó y girando el volante introdujo el auto por una amplia entrada bordeada de setos.

—Hemos llegado —dijo—. Espero que te sientas cómoda aquí, aunque habrás de disculpar el desorden. Nunca fui una buena ama de casa, ya lo sabes.

El interior del lujoso *bungalow* era extremadamente sencillo y cómodo, con esa espartana apariencia que siempre había rodeado a su propietario, pensó Marion mirando en torno.

—Hay licores ahí, en ese rincón. Y encontrarás hielo en la cocina y algunas latas, si eres capaz de cocinar con ellas.

—Keit, yo...

El se volvió, mirándola. Sonrió ante la palidez de aquel hermoso rostro, y alargando las manos la sujetó por los codos atrayéndola hacia él.

—Aquí no tienes nada que temer, a menos que tengas miedo de mí. Tranquilízate y procura pasarlo bien, ¿entiendes?

Ella asintió. Levantó los brazos y los anudó en torno al cuello de Carradine.

—Voy a pasarlo bien —susurró—. Si ha de suceder, que sea después de haber sido feliz.

Estrelló su boca contra los labios del hombre y Keit la abrazó. Si sólo se trataba de hacerle olvidar el miedo y la tensión, no cabe duda que hizo un buen trabajo.

Fue una larga tarea que duró toda la noche.

CAPÍTULO III

El hombre llegó a la entrada del jardín y se detuvo. Era apenas una silueta oscura plantado allí, junto al césped, mirando el paseo señalado por los setos recortados.

Se llamaba Clarence Pape, aunque en distintas partes del mundo era conocido por otros nombres más exóticos. Cuál era el suyo auténtico, eso casi lo había olvidado él mismo.

Miró arriba y abajo de la calle sin ver ningún movimiento. Al fin se decidió a internarse en el jardín, pisando como un gato sobre el blando césped oscuro. No oía otro rumor que el susurro del aire cálido entre la vegetación.

Se detuvo, no obstante, para escuchar con todos sus sentidos alerta. Sabía que ya no confiaban en él y que posiblemente alguien tal vez le vigilara, pero si era así no cabía duda que había sabido darle esquinazo.

De nuevo se movió con cautela hasta las proximidades de la ventana iluminada. Todas las demás del gran *bungalow* estaban apagadas.

El hombre que vivía allí era el que necesitaba. Con él de intermediario, obtendría el dinero y la seguridad.

De pronto le pareció que algo se movía tras él, más allá de aquel seto y de los arriates de flores. Hundió la mano en la axila y acarició la culata de la pistola, tenso como un cable, escuchando, oyendo el palpitir de la noche quieta y perfumada.

O quizá fuera el loco palpitir de su corazón lleno de incertidumbre...

Por la ventana era imposible ver nada del interior debido a la cortina corrida. Y allí quedaba al descubierto a causa del resplandor de la luz.

Retrocedió apresuradamente en busca de la protección de las sombras antes de dirigirse a la fachada delantera donde estaba la puerta.

Bordeó el seto con infinito cuidado, con pasos de lobo y conteniendo hasta el aliento para captar los rumores que se alzaban de la tierra y las plantas.

Llegaba al final del seto, junto al sendero, cuando se detuvo igual que herido por un rayo. Un pie acababa de deslizarse fuera de la grava, ocultándose apresurado. El pie de un hombre...

Clarence Pape sacó el revólver con mano poco segura. Antes que pudiera accionar el seguro, una garra dura como el hierro le atrapó la muñeca armada tirando de él con monstruosa violencia.

Se sintió atrapado por algo tan inaudito cual si no fuera de este mundo. Vio un chispazo que cruzaba el aire ante sus ojos y después el dolor elevado a alturas de vértigo estalló en su garganta, barrenó hasta la última fibra de sus sentidos y laceró al fin su cerebro antes de que todo acabara en una oleada negra y roja, en un delirio infrahumano que le hundió de golpe en las profundidades de la muerte.

La zarpa que retenía su muñeca le soltó dejándole que se desplomara en el suelo hecho un ovillo. Aún boqueaba oleadas de sangre, pero pronto quedó inmóvil y todo terminó.

El hombre que le había matado retrocedió a lo largo del seto, con cautela, hasta llegar junto a la ventana iluminada. La sombra informe del matador se pegó a la pared y forzó el oído, pero no captó ninguna voz procedente del interior.

Rechinó los dientes en un súbito ataque de furia incontenible. Luego, como a regañadientes, cual si se resistiera a ello, retrocedió hacia la calle y desapareció tragado por la noche.

La grava y la arena del sendero seguían aún empapando la sangre de su víctima...

* * *

Le despertó la enérgica llamada a la puerta y al abrir los ojos descubrió que apenas si el alba recortaba con timidez el rectángulo de la ventana.

Ladeó la cabeza y miró la cabellera de Marion desparramada por

la almohada. Saltó del lecho sin hacer ruido y tras enfundarse los pantalones corrió hacia la puerta.

—¿Quién está ahí? —Gruñó.

—Policía, señor Carradine.

—¡Cristo! ¿Policías a estas horas?

Abrió la puerta y vio a dos agentes de uniforme que le miraban de un modo muy raro.

—Bueno, ¿qué ocurre?

—Hay un hombre muerto en su jardín, señor —dijo el más viejo de los dos—. Degollado.

Keit Carradine enarcó las cejas. Miró a los policías y luego pasó por entre ellos saliendo al exterior.

No le costó descubrir el cuerpo tumbado en el sendero, al final del seto. Tras él, uno de los guardias gruñó:

—Lo vimos al pasar con el coche.

—No es un hallazgo confortante a estas horas de la mañana...

—¿Le conocía usted?

Keit miró abiertamente al policía.

—No —dijo—. Es la primera vez que le veo.

—Hemos dado aviso por radio, de modo que no tardarán en llegar los de homicidios y una ambulancia. Si quiere vestirse entretanto...

—Lo haré, gracias.

Retrocedió hacia la casa y cerró la puerta. Una vez en el dormitorio inclinóse sobre la muchacha dormida y la besó en los labios larga e insistentemente.

Marion despertó parpadeando, casi ahogada.

—¡Tú, bruto! —jadeó—. ¿Qué modales son éstos con una dama?

—Levántate. Tenemos a la policía en el jardín.

—¿De veras? No me digas que nos han denunciado a la Brigada de Costumbres...

—A la de Homicidios, nena.

Ella se sentó de golpe. Subiéndose la sábana hasta el cuello.

—¿Homicidios? —exclamó—. ¿Qué ha pasado, Keit; has matado a alguien?

—Años atrás yo hubiera podido matar a ese tipo, pero hoy no. Alguien le ha cortado el cuello ahí fuera, en mi jardín.

—Pero ¿a quién?

—Miklas Koerper. ¿Te acuerdas de él?

—Me parece que no.

—Era un agente adversario de segunda fila que utilizaba más nombres que pelos tenía en la cabeza. Maldito si comprendo qué estaba haciendo ahí fuera cuando le mataron.

—Creo que me vestiré.

Él sonrió, mirándola aprobadoramente.

—Harás bien porque si los polizontes te ven así se armará un alboroto.

—Tampoco tú estás muy presentable. Bésame y me levantaré.

El obedeció. Los labios de la muchacha eran cálidos y jugosos, con el sincero fuego de la entrega apasionada y vital que parecía desbordar de cada fibra de su cuerpo.

Él se apartó, liberándola de aquel cepo. Estaba poniéndose la camisa cuando oyó la llegada de varios coches allá fuera.

Buscó unas sandalias y luego se dirigió a la puerta.

Vio a un grupo de hombres junto al cuerpo sin vida.

Hablaban con los agentes del auto-patrulla. Keit encendió un cigarrillo y fue a su encuentro.

—Espero que se lleven pronto a ese desgraciado de mi jardín —dijo.

Se volvieron en redondo. Uno de los que vestía de paisano se apartó del grupo.

—Soy el teniente Weyler, de Homicidios, señor Carradine. ¿No es ése su nombre? Lo vimos en el buzón de la acera.

—Exactamente.

—Tengo entendido que no conocía usted al muerto...

—No lo había visto en mi vida —mintió.

—Ya. ¿Hay alguien más en la casa?

—Sí, una amiga mía.

—¿Pasó toda la noche aquí?

—Efectivamente.

—Supongo que no le importará que ella vea también el cuerpo. Por si puede identificarlo, ya sabe.

—No tengo ningún inconveniente. Es una mujer fuerte y no creo que se impresione demasiado.

—¿No oyeron nada durante la noche, un grito... nada?

—En absoluto, teniente.

—Bueno, vaya a buscar a esa señorita, por favor.

—Estará preparando café seguramente. ¿Quiere una taza?

—Ahora no, gracias.

Keit fue a la puerta y llamó a Marion.

—Quieren que lo veas —dijo—. Ya sabes lo que debes decir.

—Claro.

La llevó junto a los policías y éstos se apartaron para que ambos pudieran ver el cadáver. Marion se estremeció al ver el tremendo corte que casi separaba la cabeza del tronco.

Weyler indagó:

—¿Le conocía usted?

—No, ésta es la primera vez que veo a ese pobre hombre.

—Es extraño que estuviera en este jardín cuando le mataron, ¿no le parece, señor Carradine?

—Quizá lo tiraron aquí después de matarle...

—No, rotundamente no —dijo el policía con énfasis—. Le dieron la cuchillada aquí. No hay una gota de sangre alrededor, toda empapó la tierra en este lugar, véalo usted mismo.

—Tiene usted razón. Quizá intentó ocultarse, ¿no le parece?

Weyler se encogió de hombros.

—Pudiera ser —dijo—. Pueden volver a la casa. No tardaremos en sacar el cuerpo de aquí.

Ella murmuró cuando regresaban al *bungalow*:

—Hay algo raro en ese policía, Keit.

—¿Qué tiene de raro?

—¿No te diste cuenta? Ni siquiera me preguntó el nombre.

Él sonrió al cerrar la puerta.

—Es un truco viejo. Después entrará aquí con el pretexto de que olvidó preguntártelo. Así podrá continuar husmeando sin necesidad de hacerlo descaradamente. Quiere saber qué relación hay entre tú y yo, si somos viejos amigos o si nos conocemos sólo desde anoche... quiere sacarlo todo a la luz, pero sin alarmarnos.

—Comprendo. Voy a preparar café.

El la siguió a la cocina y pronto el aroma del café recién hecho se esparció por la casa.

—¿Qué piensas que estaba haciendo ese individuo ahí fuera, Keit?

—No puedo imaginarlo. Hace años que no sabía de él. Y

supongo que, por su parte, le pasaba lo mismo respecto a mí.

—¿Había trabajado en alguno de los casos en que tú...?

—No. Yo había estudiado su ficha lo mismo que la de muchos otros adversarios. Tenía *Prioridad 2*, pero nunca me tropecé con él personalmente.

Ella sonrió al ofrecerle el tazón lleno de café y crema.

—Tú tenías *Prioridad 1* en su escala de enemigos a eliminar. ¿O eras aun más importante?

—Tenía el uno —dijo él añadiendo azúcar a su tazón—. No pudieron cazarme nunca y ahora supongo que ya me borraron de su lista negra. Me pregunto por qué Koerper vendría aquí esta noche...

Ella dio un respingo.

—¿Piensas que quizá vino para eliminarte?

El sacudió la cabeza.

—No. Ellos saben perfectamente que yo ya estoy fuera del juego. Pero además, si hubiesen querido matarme no habrían enviado un segundón como Koerper.

—Entonces, temo que no sepas nunca por qué quiso verte. Porque estoy segura que vino en tu busca. Sería descabellado que le asesinaran en tu propio jardín por pura casualidad.

—Yo tampoco creo en esta clase de casualidades. Haré algunas preguntas aquí y allá aunque sólo sea para saber a qué atenerme. No me gustaría que hubiera alguna jugada en marcha a mi alrededor sin yo saberlo.

—¿Crees tal vez...?

—Soy capaz de creer cualquier cosa sucia del maldito viejo.

Apuró los restos del café y en aquel momento llamaron a la puerta.

—Ya lo tienes aquí —rió Keit—. Se ha acordado que no te preguntó el nombre.

Fue a abrir, cediéndole el paso a Weyler que entró dando vueltas al sombrero entre las manos.

—Disculpen —dijo el policía—. Olvidé preguntarle el nombre a su amiga, señor Carradine.

—Ya... Pase, teniente y póngase cómodo. Creo que aún queda un poco de café.

—Ahora se Jo agradeceré mucho...

Asomándose a la cocina, Carradine indicó a la muchacha que

trajera café para el policía y luego regresó junto a éste en la sala rodeada de estanterías llenas de libros.

Weyler comentó:

—Tiene usted una hermosa casa, señor Carradine.

—No es de las peores... Pero siéntese, Marion traerá el café en un minuto.

—¿Se llama Marion?

—Marion Fordson. Oiga, Weyler, no necesita perder tiempo con rodeos. Pregunte directamente lo que desee y le responderé. No tengo nada que ocultar respecto a la presencia de la muchacha aquí.

Weyler esbozó una sonrisa, un tanto incómodo.

—Bueno, confieso que pensé que pudiera tratarse de un crimen pasional o algo así. Esa joven y usted... Ignoro si ella está casada, si existe un marido celoso en alguna parte... Ya sabe, todas estas cosas. Hay que considerar todos los ángulos cuando se trata de un asesinato de esta naturaleza.

—Ya veo. Pero puede dejar de lado todo eso. Ella no está casada ni nunca lo estuvo. No tiene compromiso con nadie y pasamos la noche juntos después de mucho tiempo de no vernos. La conozco hace casi diez años y ya antes hubo íntima relación entre nosotros, en Europa. De modo que perderá usted el tiempo si lo dedica a investigarnos a ella y a mí.

—Confieso que no suelo encontrar una sinceridad como la suya en mi trabajo, Carradine. Se lo agradezco por el trabajo que me ahorra.

Marion apareció con una bandeja en la que humeaba una nueva cafetera cuyo aroma impregnó la estancia en un instante.

Sirvió café para todos y tomó asiento al lado de Keit.

—¿Le has dicho al teniente...?

—Ciertamente.

Ella sonrió.

—Aquí no hay siquiera vecinos que puedan escandalizarse por nuestras relaciones —comentó—. ¿Le gusta muy dulce, teniente?

—No, gracias... sólo un poco de crema.

Tras unos instantes, Keit preguntó:

—¿Le han identificado ya, llevaba documentos?

—En efecto. Se llamaba Clarence Pape y vivía en Miami, lo que es sorprendente dado que estaba muy lejos de su domicilio cuando

le mataron. No le robaron nada... y había una pistola entre el seto. Una pistola que debía pertenecerle a él, puesto que llevaba una funda axilar vacía.

—Comprendo... Si hubiera disparado, nosotros habríamos oído el disparo.

—No se disparó, lo hemos comprobado. Excelente café, señorita Fordson. He de irme ya. Supongo que ninguno de ustedes tendrá pensado abandonar la ciudad en los días inmediatos...

—En absoluto.

—Si lo decidieran de pronto, avísenme, por favor.

Apuró su taza y se dirigió a la puerta, despidiéndose tan amablemente que Marion comentó cuando hubo desaparecido:

—Sigo opinando que ese policía es muy raro, Keit.

—¿Por su extremada corrección? Nena, éste es un distrito residencial. Viven gentes importantes en esta vecindad, influyentes y poderosos. Los policías están obligados a andar con pies de plomo. ¿Qué crees que es esto, el Bowery de Nueva York?

—Comprendo lo que quieres decir. Y me alegro de que sea así.

—¿Podrás quedarte sola un par de horas esta mañana, querida?

—Claro que sí... No puede sucederme nada durante la mañana. Y menos después de este despliegue policíaco ahí fuera. ¿Vas a ir al hotel a ver al viejo?

—Sí.

Ella asintió con un gesto.

—No sacarás nada en claro. Pero te esperaré como una buena ama de casa.

Ninguno de los dos podía saber que era cierto que ella le esperaba. Pero muerta.

CAPÍTULO IV

Desde la ventana, Marion vio desaparecer el último coche policíaco y sólo quedaron un reducido grupo de curiosos en la acera.

Retiró el servicio del café y se dirigió a la cocina. Se sentía tan ligera como si de pronto hubiera vuelto a sus hermosos dieciocho años, cuando aún ignoraba la existencia de aquella implacable organización a la que perteneció después, cuando aún conservaba intactas sus ilusiones de juventud, sus sueños románticos.

Era feliz y no cabía darle vueltas.

Total y absolutamente feliz porque ella siempre había amado a Keit. Incluso en los momentos más sórdidos, sucios o sangrientos de su pasado, ella le había amado sabiendo que los hombres y mujeres de su clase no tienen la menor oportunidad de amar y ser amados del modo en que aman las personas normales.

Tal vez por eso sus encuentros apasionados del pasado tuvieron siempre aquel chispazo de desesperación, de urgencia, de ser la última vez...

Pero ahora era distinto.

Dejó la bandeja y volvió a atisbar por la ventana. Los curiosos se retiraban también después del incitante espectáculo de la muerte.

La muchacha dio media vuelta despojándose de la bata que llevaba. Una bata de Keit que le colgaba por todas partes, y entró en el baño.

Dejó correr el agua hasta que salió caliente y entonces se metió bajo la ducha gozando con el azote tibio del agua. Si no le avergonzara, hubiera empezado a cantar a voz en grito. Se reprochaba no haber buscado a Keit mucho antes, porque el gozo de esa mañana hubiera sido experimentado tantas veces como mañanas hubiesen habido...

Cerró el grifo de agua caliente y dio la fría. Casi chilló de placer al sentir su hermoso cuerpo azotado por la súbita frialdad y luego volvió a dar la caliente y el vapor inundó el baño...

Y entonces, como surgido de la nada, el cuchillo apareció ante sus ojos como sostenido por la mano del infierno.

Marion emitió un alarido. Fue el único grito que pudo expulsar más allá de sus labios, porque el cuchillo descendió y en el instante en que desgarraba su cuerpo ella vio aquella cara y el mundo estalló en un volcán de terror, de dolor, de roja sangre que tiñó el agua dándole un dulce rosado que fue oscureciéndose a medida que el cuchillo proseguía su delirante carnicería.

Al final el cuerpo desgarrado quedó bañándose en su propia sangre. El vapor del agua caliente siguió espesándose y su humedad impregnó el cuarto y se deslizó después por las paredes y el espejo...

Como si estuvieran llorando. Como si fueran lágrimas de dolor y espanto, pequeñas gotitas de un llanto silencioso, inútil.

* * *

Carradine estaba furioso mientras introducía el coche en el jardín. Ya pensó al principio que su conversación con el que un día fuera su jefe no le aclararía nada de cuanto le preocupaba, pero no imaginó que la absoluta indiferencia de aquel hombre por la muerte del agente adversario le sacara de sus casillas hasta semejante extremo.

Dejó el coche en el garaje y caminó hacia la casa entrando por la puerta de la cocina. Vio el servicio del café aún en la bandeja.

—¡Marion! —llamó.

Necesitaba hablar con ella. Por lo menos la muchacha comprendería su estado de ánimo y su presencia hermosa y apasionada sería como un bálsamo después de la tormenta.

Dio un vistazo al salón, sólo para comprobar que Marion no estaba allí.

Luego entró en el dormitorio. La puerta del cuarto de baño estaba abierta y una nube de vapor se escapaba por ella.

—¿Qué diablos estás haciendo ahí con tanto vapor? —exclamó.

Cuando miró dentro no distinguió nada a causa de la niebla

vaporosa que lo llenaba todo. Dio un salto creyendo que a la muchacha le había sorprendido un desvanecimiento o algo parecido...

Entonces vio la sangre, y el horror que le esperaba en la bañera. Por un instante quedó petrificado, incapaz de reaccionar, mirando aquellos despojos que apenas conservaban nada de su primitiva forma, de su belleza...

Después, como un autómatas, cerró el grifo del agua y retrocedió temblándole las piernas, ahogado de dolor y de ira, una furia salvaje como jamás antes experimentara.

Se dejó caer en una butaca de la sala incapaz de razonar. Ante él no había más que el horrendo espectro esparcido por la bañera, aquélla orgía de muerte que se le antojaba increíble.

Al fin extendió el brazo y descolgó el teléfono. Llamó a la policía, solicitando hablar con el teniente Weyler al que dio cuenta de lo ocurrido.

Cuando colgó siguió sentado en la butaca, inmóvil, con la tempestad de cólera creciendo en oleadas dentro de él empujándole a volver a la violencia, a un tiempo casi olvidado donde matar o morir era la única ley que regía su vida.

La llegada de los policías le sorprendió todavía inmóvil, sombrío y rebosante de odio.

CAPÍTULO V

Se la habían llevado y la casa continuaba aún impregnada de la escalofriante presencia de aquel despojo sangriento.

También los policías se habían ido excepto el teniente Weyler, que fumaba un cigarrillo junto al ventanal, perdida la mirada en las luces y sombras del jardín bañado de sol.

Sin volverse gruñó:

—Hay algo que usted no me ha dicho, Carradine.

—No puedo decirle lo que ignoro.

El teniente se volvió poco a poco.

—No soy más que un pobre polizone, malpagado, cansado y rutinario, pero no me tome por tonto, además. Forzosamente debe existir una relación entre esas dos muertes, si más no, por el arma utilizada. Un cuchillo en ambos casos. Y una en su jardín y la otra en su cuarto de baño con un intervalo de pocas horas...

—Si yo estuviera en su lugar pensaría lo mismo.

—Entonces ayúdeme.

Carradine levantó la mirada y el policía sintió un escalofrío ante aquellos ojos semejantes a los de un muerto.

—No puedo —dijo—. Y aunque pudiera no lo haría.

—Pero ¿por qué, maldita sea?

—Porque quiero cazar yo al bastardo que hizo esta carnicería, Weyler. Quiero tenerlo entre mis manos todo el tiempo que tarde en morir... y le juro que no tendré ninguna prisa.

—Ya veo. ¿Cree que usted conseguirá mejores resultados que la policía, con toda nuestra organización?

—Lo ignoro. Todo lo que puedo decirle es que lo intentaré.

Weyler esbozó un gesto de impaciencia.

—Dígame sólo una cosa por lo menos, ¿sí? —rezongó de mal

humor.

—Pruebe a ver.

—¿Conocía al hombre muerto en su jardín?

—No.

—Pruebe otra vez.

—No.

El policía suspiró.

—Allá usted, Carradine. Pero déjeme decirle que está cometiendo un error.

—He cometido otros en mi vida.

Weyler se encasquetó el sombrero con un gesto airado y atravesó el salón. Ya junto a la puerta aún, dijo:

—Piénselo bien antes de quemar sus puentes... Me encontrará en mi despacho a cualquier hora.

Y salió.

Keit aún permaneció más de media hora sentado allí, tratando de serenarse lo suficiente para pensar con calma, para reflexionar con su acostumbrada claridad de juicio.

Cuando salió ya no quedaba nadie en las proximidades de la casa. Se detuvo en el jardín, viendo al jardinero que acudía dos veces por semana para su cuidado, preparándose en el garaje para empezar su tarea.

Fue hacia él y el hombre le miró, intrigado.

—No pude empezar antes por todo este jaleo, señor Carradine — se disculpó—. Lamento lo sucedido.

—Gracias.

—¿Va a sacar el coche?

—Sí, y cuando termine cierre el garaje. Yo regresaré muy tarde.

Tras una vacilación, el hombre dijo:

—No sé si tendrá algún significado para usted, pero había una chica ahí atrás cuando todos se fueron.

—¿Dónde?

—Ahí, en el sendero posterior.

—¿Y qué hacía allí?

—Me pareció como si buscara algo entre los rosales. Iba a preguntarle qué era lo que había perdido cuando la vi agacharse, y luego desaparecer al otro lado del seto. Cuando me asomé ya no pude verla. Debió apresurarse mucho para desaparecer tan

rápidamente.

—¿Está seguro que no era una periodista de los que han invadido el jardín cuando estaba aquí la policía?

—No lo sé, pero no podía estar buscando noticias ahí atrás, digo yo.

—No, claro que no. ¿La reconocería si la viera otra vez?

—Estoy seguro de que sí. Era una monada, ¿sabe? Una auténtica belleza de cabellos rubios.

—Bueno, mantenga los ojos abiertos mientras esté aquí.

Montó en el coche y salió. Ya era hora de que empezara la cacería...

Viajó durante horas hacia el norte del estado. Sumido en sus reflexiones no prestó la menor atención al lujuriente paisaje del interior, y ni siquiera cuando bordeó el lago Okeechobee se dejó seducir por la agreste belleza de aquel pequeño mar de más de 1800 kilómetros cuadrados.

Aún prosiguió el viaje casi una hora más a la formidable velocidad del auto deportivo. Luego, de pronto, al dejar atrás un pequeño bosque, aparecieron los altos muros del edificio que buscaba.

Junto a la entrada había una placa de metal dorado con unas letras en relieve:

LOS CEDROS

Nada más.

Era suficiente, después de todo.

Un guardián del sanatorio apareció al otro lado de la reja.

—Mi nombre es Keit Carradine. Deseo ver al director.

—¿Está citado?

—No. Pero he viajado sin parar desde Miami Beach sólo para verle.

—Aguarde. Consultaré por teléfono.

Se fue hacia su garita de cristal. Cuando volvió hizo girar el gran portón dejándole paso.

—Le recibirá, señor Carradine. ¿Conoce el camino?

—Sí, estuve aquí en varias ocasiones.

Condujo por el amplio paseo que discurría bajo las frondosas copas de árboles centenarios hasta el inmenso edificio blanco que

destacaba contra la oscura vegetación.

A primera vista hubiera podido tomarse por un hotel de cinco estrellas. Sólo que en ningún hotel habrían colocado rejas en las ventanas, ni estaría rodeado por una pared tan alta y tan sólida como la que encerraba el maravilloso parque en cuyo centro se alzaba el sanatorio.

Un enfermero vestido de blanco le recibió, guiándole después hasta el despacho del doctor Avery.

Keit estrechó su mano con energía.

—¿Se acuerda usted de mí, doctor?

—¿Cómo no, Carradine? Aunque nunca le atendí como paciente.

—Eso fue una suerte para mí.

—Supongo que su visita obedece a la desgraciada fuga de su amigo Culver...

—Así es.

—Ya conoce el desenlace...

—Lo sé. Pero estoy más interesado en lo sucedido antes de la fuga, doctor.

—¿Antes?

—Digamos que me interesan los últimos días de Sam Culver en el sanatorio.

—Que yo sepa no sucedió nada especial, fuera de lo corriente.

—Las visitas, doctor. Yo estuve a ver a Sam en varias ocasiones hace algún tiempo. También vino una mujer llamada Marion Fordson. ¿Quién más?

—Entiendo. Habrá que consultar el registro de visitantes.

—Se lo agradeceré.

—De todos modos he de advertirle que el *sheriff* del condado ya investigó esa lista. No creo que hallara nada interesante en ella.

—No importa.

El médico habló brevemente por un teléfono interior. Cuando colgó encendió un cigarrillo.

—Le confieso que aún ahora no comprendo cómo pudo suceder. Fue la primera vez que uno de nuestros pacientes escapó. Y no sólo uno, sino dos de ellos.

—¿Nunca había tenido dificultades con los internados? Todos son gente adiestrada, ya sabe. Sólo vienen aquí los que sufren alguna alteración psíquica debida a las tensiones de nuestra clase de

trabajo, de modo que, en cierto grado, son hombres y mujeres peligrosos...

—Suelen reaccionar bien al poco tiempo de ingresar. Su dura preparación sirve de mucho a la hora de devolverles el equilibrio emocional. Excepto contadísimas excepciones, tenemos éxito en la mayoría de casos.

—Pero no en el de Sam Culver.

—Ni en Joe Baxter. Los dos sufrían profundos traumas que les habían prácticamente desquiciado. En cierto modo fue preferible que se mataran en el accidente, porque sus vidas hubieran sido algo muy desagradable para ambos.

—Sí, claro..., ya no podían dar más de lo que habían dado.

Alguien llamó a la puerta y un instante después una joven enfermera entró con una carpeta en la mano.

—El registro que pidió, doctor —dijo, acercándose a la mesa.

—Gracias.

La muchacha se retiró y el director del sanatorio tendió la carpeta a su visitante.

—Aquí tiene. Las hojas pertenecen a cada paciente y sirven para registrar en ellas las visitas que reciben durante todo el mes. Éstas son del último semestre.

Keit buscó las correspondientes a Joe Baxter y Samuel Culver.

Las de Baxter estaban casi en blanco, excepto la visita de una hermana mayor que él, las visitas de la cual eran regulares. Siempre llegaba al sanatorio a las tres de la tarde del día veinte de cada mes.

Las de Culver mostraban algo más de movimiento. Algunos de los nombres inscritos le recordaban a Keit otros tantos agentes que fueron compañeros de Sam Culver. En los últimos dos meses había recibido, además, la visita de una mujer llamada Noemi Kerr.

—¿Recuerda usted a esta mujer, doctor? —preguntó, mostrándole el nombre.

—En absoluto.

—¿Quién podría hablarme de ella?

—La enfermera jefe. Es quien recibe a los visitantes. ¿Por qué le interesa; es conocida suya, acaso?

—No. Y eso es lo que me sorprende. Sam no tenía familia. No la tenía desde hacía muchos años, ni había residido nunca en Florida, hasta que le trasladaron aquí. Y esa mujer dio una dirección de

Tampa.

—Bien, acompáñeme y le presentaré a la señorita Parker, nuestra enfermera jefe.

—Espere un segundo...

Anotó el nombre y las señas de aquella mujer y las de dos hombres que habían visitado a Culver y a los que no conocía.

Luego siguió al doctor hasta el vestíbulo de entrada.

La señorita Parker rondaría los cincuenta años, era gruesa y jovial y su aspecto era de eficiencia.

—Ya lo creo que la recuerdo —exclamó, cuando Keit hubo hecho la pregunta—. Era una belleza con un tipo como yo no tuve nunca. Y les aseguro que me hubiera gustado mucho haberlo tenido en mis buenos años.

El doctor rió socarronamente. Keit fue al grano.

—¿Tomó la dirección de algún documento o fue ella quien se la dio sin ningún comprobante?

—Vi su licencia de conducir. La dirección era la que hay anotada en el registro.

—Creo que eso es todo. Me ha ayudado usted mucho, señorita Parker.

—Es mi trabajo, y procuro hacerlo bien.

Keit abandonó el sanatorio a media tarde. Llevó el coche hasta la carretera 101 y hundió el acelerador lanzándose rumbo a Tampa sin saber exactamente qué esperaba descubrir allí.

CAPÍTULO VI

Edward Toker saboreó el café sentado en la terraza del hotel. Miró el reloj y comprobó que aún faltaban quince minutos para la entrevista con el jefe. Fumó otro cigarrillo y al fin, levantándose, se dirigió a las escaleras.

Estaba en el vestíbulo cuando oyó pregonar su nombre por un botones.

—Le llaman al teléfono, señor Toker. Cabina dos...

Le dio una propina y encerrándose en la cabina, dijo:

—Aquí Ed Toker. ¿Quién habla?

—Tú eres el segundo de la lista, hijo de perra.

—¿Eh, qué...? ¡Maldita sea! ¿Qué broma es ésta?

—La muerte no es ninguna broma y tú es como si ya estuvieras muerto.

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Toker se quedó mirando el auricular completamente asombrado.

Al fin lo colgó, salió de la cabina y subió las escaleras para la entrevista con el viejo.

Llamó a la puerta y entró, mientras el hombre de Washington volvía a cerrar con llave.

—Siéntese —gruñó—. No le haré perder mucho tiempo.

—No importa tanto el tiempo como saber exactamente a qué atenerme. ¿De veras quiere que me aparte del asunto en que estaba trabajando ahora?

—Eso es lo que quiero. Le necesito aquí, Toker.

—Muy bien, señor.

—Intenté que un viejo conocido suyo volviera a trabajar con nosotros... Carradine se negó rotundamente, así que usted habrá de hacer el trabajo. Y ahora es más urgente todavía, porque no cabe

duda que el enemigo está moviéndose y nosotros no sabemos aún en qué dirección...

—Carradine era un excelente profesional —gruñó Toker—. ¿Por qué no ha querido volver a trabajar?

—Sus motivos no importan ahora —rezongó el hombre de cabellos grises, sombrío—. ¿Qué le dice a usted el nombre de Miklas Koerper?

—¿Koerper, señor? Oí ese nombre en Londres, ya hace tiempo. Los ingleses le tenían catalogado, aunque no le concedían excesiva importancia según creo recordar.

—Era un agente de segunda fila. Le asesinaron anoche en el jardín de Carradine.

—¡Bueno, esto sí que resulta una sorpresa! ¿Fue Carradine quien lo...?

—No. Fue un desconocido. Le degolló de un solo tajo. Obra de profesional.

—¿Dónde entro yo en el caso, señor?

—Espere, hay algo más aún... También han asesinado a una mujer que había trabajado para nosotros. Su nombre, Marion Fordson. Y la mataron también con un cuchillo en casa de Carradine.

Toker enarcó las cejas.

—Parece como si Carradine fuera la peste —refunfuñó—. ¿Tampoco fue él quien eliminó a la Fordson?

—No, él la encontró muerta. El crimen se cometió mientras el propio Carradine estaba aquí hablando conmigo.

—Ya veo... Había conocido a Marion, señor. Era una gran mujer.

—Ahora ya no lo es —gruñó el viejo, de mal talante—. Va usted a investigar la procedencia de Koerper. Quiero saber de dónde venía cuando llegó aquí. O si vivía en Miami, su dirección, relaciones, amistades, todo cuanto sea posible averiguar.

—Va a ser un trabajo largo, señor.

—Lo sé, pero hay que hacerlo.

—¡Maldita sea! —exclamó Toker de pronto—. Cuando me dirigía a esta habitación recibí una llamada telefónica... Pensé que era una broma estúpida, pero ahora quizá deba tomarla en serio.

—¿Una amenaza?

—¡Ajá! El tipejo tenía una voz baja y profunda. Dijo que yo era el segundo de la lista y que era como si ya estuviera muerto. Tal vez...

—Está en lo cierto. Me consta que Marion Fordson había recibido una llamada similar, diciéndole que ella sería la primera.

—De modo que la cosa va en serio... Ella la primera y yo el segundo. ¿Dónde queda Koerper?

—Quizá sean dos casos distintos. Pero sabiendo que ese individuo, sea quien sea, no amenaza en vano, tenga mucho cuidado, Toker.

Éste hizo una mueca en la que enseñó los dientes como una fiera.

—Lo tendré. Y ojalá el tipo lo intente... Yo no soy una mujer... ni me sorprenderá desprevenido.

—¡Ojalá! Manténgame informado de todo lo que vaya descubriendo, Toker, y buena suerte.

Toker se levantó, estrechó la mano del que era su jefe y en aquel momento el teléfono sonó.

—Espere, quizá sea algo que pueda interesarle para su trabajo... El viejo descolgó el auricular.

—¡Hable! —Gruñó.

Una voz sombría dijo:

—Usted es el último de la lista, Asey.

—¿Qué?

—James Asey, le mataré el último. ¿Le sorprende que sepa su nombre?

—¿Quién es usted?

—El hombre que va a matarle. Cuando hayan caído todos los demás morirá usted. Y le reservo una muerte muy especial...

—¡Espere! ¿Qué...?

—Eso es todo. Delante de usted quedan tres solamente. Toker no vivirá ya mucho.

La comunicación se cortó y el hombre colgó despacio, pensativo.

—¿Algo importante, señor? —indagó Toker.

—Su asesino del teléfono... Dijo que yo sería el último de la lista.

—Debe estar loco de remate.

—No, necesariamente. Es alguien que quiere vengar a Sam

Culver, tal vez el mismo que le ayudó a escapar.

—¿Culver? De modo que es eso... Bueno, de cualquier modo estaré esperándole.

Gruñó una despedida y se fue. Mientras descendía las escaleras pensaba en la extraña amenaza. Instintivamente palpó la culata de su gran pistola automática que llevaba oculta bajo la delgada chaqueta. Sin ninguna duda, el asesino se llevaría una buena sorpresa si pretendía cumplir su amenaza.

Abajo escrutó los alrededores. Ahora estaba en guardia y había sido entrenado para esta clase de cosas. Salió a la calle y anduvo pegado a las fachadas hacia donde había dejado el coche.

Pasaba multitud de gente por su lado. Eso era una garantía de seguridad, pero también un riesgo, porque un asesino podía camuflarse mejor entre una multitud que en una calle solitaria.

Su coche estaba aparcado delante de una boca de incendios. Algún celoso guardia había colocado el boleto de multa en el parabrisas.

Tuker lo arrancó, convirtiéndolo en una bola. Luego arrojó el papel y entró en el coche.

Introdujo la llave en el encendido y le dio la vuelta.

Fue como si hubiese abierto la puerta del infierno. Hubo una explosión terrible que él ya no oyó y un volcán de fuego se alzó, rugiendo, convirtiendo el auto en pedazos, mientras los fragmentos del cuerpo de Tuker volaban en todas direcciones; pequeños despojos sangrantes que darían un trabajo endiablado a los enfermeros para localizarlos después uno a uno...

Al mismo tiempo volaron los dos coches aparcados más próximos, y ocho o diez personas de las que circulaban por la acera recibieron en sus cuerpos la trágica mordedura de los trozos de metal, y el caos y el horror se adueñaron de la calle en un segundo.

Luego, una densa humareda quedó flotando, acre y oscura, mientras las llamas de la gasolina desparramada se extendían por el asfalto, la acera, las fachadas y los cuerpos derribados aquí y allá aumentando la confusión y los alaridos de los heridos.

La amenaza se había cumplido. El segundo de la lista estaba muerto y ya no era siquiera un cadáver...

CAPÍTULO VII

A primera hora de la mañana, Keit Carradine abandonó el motel donde había pasado la noche y se dirigió a la dirección de aquella mujer que había visitado a Culver en el sanatorio: Noemi Kerr.

La casa era de reciente construcción, lujosa y rodeada de un jardín exótico cuya conservación debía costar una pequeña fortuna todos los meses.

El conserje estaba en consonancia con el edificio. Era alto, delgado, y vestía el uniforme con la prestancia de un general.

—¿La señorita Kerr? Está de viaje —replicó, tras escuchar la pregunta.

—Es muy importante que entre en contacto con ella cuanto antes. ¿Sabe usted adónde se dirigió?

—Todo lo que sé es que pensaba ir a Miami. Al morir su padre quedó muy sola aquí, por lo que pienso que quizá se fue a pasar una temporada con algún pariente.

—¿Cuánto tiempo hace que quedó sola?

—Bien..., déjeme pensar... Unos tres meses poco más o menos. El señor Kerr sufrió un infarto y estaba solo en el apartamento. Ella le encontró agonizante y ya no pudieron salvarle.

—Es prácticamente imposible localizar a una mujer en Miami sin saber nada de ella, ni haberla visto nunca. ¿No habría modo de averiguar dónde pensaba alojarse? Tal vez hizo alguna reserva por teléfono, ¿no?

El conserje sacudió la cabeza.

—Si la hizo yo no me enteré.

—Mire, es un asunto grave el que he de tratar con ella. En su apartamento debe haber alguna fotografía...

El hombre estaba sacudiendo la cabeza de un lado a otro aún

antes de que él terminara su proposición.

—No hay nada que hacer —dijo, rotundo—. Tengo un buen empleo aquí y no quiero jugármelo a cara y cruz.

—Bien, lo siento.

—De todos modos, hace sólo unos meses ganó una competición de tenis y salió fotografiada en el periódico local, ¿sabe usted?

Keit sonrió. Deslizó un billete por encima del mostrador y se fue.

En la redacción del *Tampa Sun* le facilitaron el volumen de diarios correspondiente a cinco meses atrás. Las reseñas de la competición tenística habían ocupado buena parte de los espacios deportivos durante varios días. La fotografía estaba en la última reseña y se trataba de una muchacha que apenas habría cumplido veinticinco años, tan hermosa como pudiera serlo la más espectacular de las estrellas de cine en boga.

Carradine dio un vistazo al empleado que trabajaba al fondo de la sala. Luego recortó con cuidado aquella fotografía, cerró el grueso volumen y abandonó el archivo del periódico.

Una vez en el coche examinó de nuevo la foto.

La cara asombrosamente perfecta de la muchacha pareció mirarle sonriendo desde el papel. Sus grandes ojos oscuros parecían reír, y la abundante cabellera rubia formaba una aureola de oro en torno al sugestivo rostro juvenil.

Ahora comprendía el entusiasmo de la enfermera jefe del sanatorio cuando describió a la hermosa visitante de Sam Culver. El la contemplaba sólo en fotografía y se sentía muy capaz de entusiasmarse también.

De pronto le asaltó una súbita idea. Saltó del coche y entró en un bar próximo, donde consultó la guía de teléfonos. Cuando encontró el número que buscaba lo discó, oyendo zumbir el aparato al otro lado del hilo.

Le respondió una voz de hombre.

—Hace menos de una hora hablé con usted respecto a Noemi Kerr, ¿recuerda?

El conserje recordaba, seguro. Cualquier conserje recuerda una propina de cinco dólares, menos de una hora después de haberla recibido.

Keit añadió:

—He pensado que quizá ella se fuera en su coche... ¿O no tenía

coche?

—Sí lo tenía, señor. Yo mismo cargué sus dos maletas en él.

—¿Recuerda usted la matrícula?

—Naturalmente. Es un «Ford Mustang» blanco, y la matrícula es AXM-299.

—Gracias.

Colgó. Cuando volvió al coche emprendió el camino de regreso a Miami dispuesto a buscar una aguja en un pajar.

* * *

Era una mujer alta, esbelta, bonita y estaba asustada.

El miedo parecía transpirarle por cada poro de su piel tostada por el sol.

—¡Tienen que creerme! —repitió con voz que temblaba—. ¡Él no me dijo nada de su trabajo, ni de lo que estaba haciendo!

—Si eso es cierto va usted a pasarlo muy mal —dijo uno de los dos individuos que habían irrumpido en la casa.

El otro apenas hablaba, pero era el que más terror le inspiraba a causa de sus ojos de pescado, de su manera de mirarla, como si estuviera imaginando todas las cosas que pensaba hacerle...

Tenían un extraño acento al hablar y eso acababa de desconcertarla.

—Usted vivía con él —insistió el desconocido—. Compartía su vida, sus secretos.

—¡No! Nunca me dijo de ningún secreto, eso no.

—¿Cuándo va a volver?

—¡No lo sé, no lo sé! —gritó Edith, descompuesta de miedo—. Dijo que estaría unos días fuera y eso fue todo.

Los dos hombres se miraron, ceñudos. El silencioso gruñó:

—Me ocuparé de ella. Amordázala.

Instintivamente, Edith retrocedió a trompicones, pero las manos del hombre la atraparon zarandeándola brutalmente.

—¡Si grita morirá! —le advirtió—. ¡Quieta!

La derribó sobre el diván de un revés. Luego le desgarró la blusa para arrancar un largo trozo con el que amordazarla. Su agresivo busto quedó aprisionado solo por el breve sujetador que llevaba.

Sus ojos giraron enloquecidos de pánico. Sin apresurarse, el

hombre la hizo girar con indiferencia y le retorció los brazos hacia atrás. Le arrancó el resto de la blusa y retorció un largo pedazo, convirtiéndolo en una especie de cuerda con la que sujetó sus muñecas.

Volvió a zarandearla para que quedara sentada de cara a ellos. Se inclinó sobre la muchacha y dijo, sombrío:

—Ese amigo suyo, Carpenter, llamó por teléfono de parte de un tal Sam Culver. Nos dio cierto recado y después no hemos vuelto a saber de él. Necesitamos encontrarlo y, si nos ayuda, no le sucederá nada, ¿entiende? Pero si continúa en su actitud, mi compañero le hará daño... A él le gustan estas cosas con mujeres. Es lo que ustedes llaman un... ¿cómo se dice en inglés?... ¿Sádico? Eso es, un sádico. Y usted es una mujer bonita..., muy bonita ahora. Después que él termine ya no lo será.

Edith sacudió la cabeza a punto de volverse loca de espanto. Todo aquello no tenía ningún sentido para ella. Frank Carpenter era un buen hombre, se portaba bien con ella..., pero lo ignoraba todo sobre sus actividades.

—¿Me ha entendido? —insistió el desconocido.

Su compañero dijo:

—Aparta. Déjame a mí.

Ella quiso gritarles pidiéndoles piedad. Gritarles que no podía decirles lo que ignoraba. Vio retroceder al que la había interrogado y avanzar al otro. Aquellos ojos la enloquecían. No eran ni siquiera humanos...

—Acaba pronto —oyó que decía el primero—. Quizá sea cierto que no sabe nada y estamos perdiendo mucho tiempo.

El aludido no replicó. Hundió la mano en el bolsillo y extrajo un cuchillo automático cuya hoja saltó con un chasquido, afilada, brillante, letal.

Ella desorbitó los ojos ante el arma. La vio aproximarse a su rostro y después descender. Una mueca bestial desfiguraba la cara de aquel monstruo...

La hoja de acero llegó a su pecho. La sintió junto a la piel, fría como la lengua de una serpiente. Luego el filo presionó la volátil tela del sujetador y éste se partió por la mitad como si hubiera sido un delicado papel.

Oyó reír a uno de ellos. Sus pechos palpitaban con el pánico y la

salvaje respiración espasmódica que la dominaba.

Y de nuevo la hoja mortal llegó a su piel, la sintió cómo empezaba a presionar muy despacio...

En aquel momento sonó el timbre de la puerta y los dos hombres dieron un respingo.

—Tal vez ha regresado —gruñó el del cuchillo.

—¡Ojalá!

El del cuchillo permaneció donde estaba, mientras el otro abandonaba la estancia para dirigirse a la puerta. Cuando llegó a ella ya empuñaba un enorme revólver negro.

Abrió de súbito, levantando el arma.

En el umbral, Keit Carradine miró el revólver y enarcó las cejas.

—Bueno, ¿qué hace, dispara o me invita a entrar? —Gruñó, furioso—. ¿Es usted Frank Carpenter?

—Entre.

El pistolero cerró la puerta. Dijo:

—Si no es usted Carpenter, ha sido muy poco oportuno viniendo aquí.

—Ya lo veo.

—Camine. Esa puerta...

Keit obedeció. Así entró en la estancia donde la muchacha temblaba en el diván, mientras el rufián seguía empuñando el cuchillo.

—Veo que estaban en una fiesta privada —rezongó Carradine—. ¿Dónde está Carpenter?

—¿Quién es ése? —bufó el del cuchillo.

—No sé.

—Tal vez sea Carpenter y trate de engañarnos. Sus documentos.

—Ya lo oyó. Levante las manos.

Keit obedeció y el tipo le hurgó los bolsillos con la mano izquierda. En el instante en que sus dedos se cerraban en su cartera, él descargó un salvaje hachazo con la derecha al tiempo que saltaba de costado.

El terrorífico golpe estalló en un lado del cuello del pistolero. Sonó un chasquido, un grito y la zarpa de Carradine se cerró como una tenaza de acero en torno a la mano armada.

El otro gritó, mientras la cabeza del pistolero caía a un lado, flácida y suelta, igual que si fuera a caer al suelo.

Keit ya tenía el revólver en la mano y gruñó:

—Deja caer el cuchillo, hermano.

El cuerpo del otro cayó con estrépito. El del cuchillo no podía creerlo.

—¡Está muerto! —jadeó.

—Le golpeé para matarle, precisamente. Ahora suelta el hierro o disparo. He visto los agujeros de estos plomos de un «Tokarev», y te aseguro que no quedarías muy presentable partido por la mitad.

El cuchillo rebotó en el suelo. Se oía el rechinar salvaje de los dientes del asaltante.

—Ahora retrocede, camarada. Ahí, hasta la pared.

El se aproximó al diván y libró de la mordaza a la mujer.

—¿Está usted bien?

Ella fue incapaz de hablar. Intentó cubrirse el seno de modo instintivo, pero no obtuvo mucho éxito con sólo sus manos.

—¿Iban a torturarla, acaso?

—Sí..., con el cuchillo...

—Eso me pareció, juzgando por la escena. ¿Quién es usted; la esposa de Carpenter?

—No estamos casados...

—Entiendo. ¿Dónde está él?

—No lo sé. Se marchó hace cuatro días. Dijo que estaría ausente quizá una semana.

—¿No dijo adónde pensaba ir?

—No. Negocios, supongo.

—¿Y esos dos monos, los había visto alguna vez con él?

—¿Con Frank? Desde luego que no.

—Ya... Bueno, le haré unas preguntas a nuestro amigo aficionado a los cuchillos.

—¡Desátame primero, por favor!

—Bien, pero continúe donde está, no alborote ni estorbe.

Recogió el cuchillo sin perder de vista al fracasado verdugo. Cortó las ligaduras de la mujer y se echó atrás.

Ella dijo:

—Voy a llamar a la policía.

—Olvédelo, por el momento. Estoy seguro que a Carpenter no le gustaría que los policías metieran la nariz en este asunto.

—Pero ellos son criminales...

—No sabe todavía quién soy yo. Siga sentada ahí y tranquilícese. Se aproximó al desconocido, pasando por encima del cadáver del otro.

—Bien, empieza a hablar y no te detengas hasta que te avise. Buscabais a Carpenter. ¿Para qué?

No hubo respuesta alguna. El tipo permaneció con los labios apretados y una mirada asesina en sus ojos glaucos.

—Si no respondes, vas a probar tu propia medicina. Yo también sé un par de trucos para hacerlos con un cuchillo afilado como éste. ¿Qué tal, si vieras cómo te caen las orejas al suelo para empezar?

—No diré nada.

—Yo creo que sí. Puedes hablar en ruso si quieres. Lo entiendo perfectamente.

El hombre sacudió la cabeza de un lado a otro. Él se encogió de hombros.

—Lo siento por tus orejas.

Levantó el acero. Edith lanzó un grito de horror.

—¡No puede hacer eso! —exclamó, estremecida—. ¡No puede hacerlo!

—Mire, salga de este cuarto si no puede ver sangre, pero déjeme trabajar a...

El otro saltó, entonces. Fue un buen movimiento que casi le desarmó, porque golpeó contra él. Keit se fue trastabillando, pero aferrado aún a la pistola luchando por recobrar el equilibrio.

El otro había hundido la mano bajo la chaqueta. Estaba sacándola cerrada en torno a su revólver, cuando Carradine tiró del gatillo.

El poderoso revólver retumbó y pareció echar abajo las paredes con el tremendo estampido. La pesada bala hizo saltar al asesino en el aire arrojándolo de cabeza contra la pared, donde cayó hecho un ovillo, muerto.

Edith dejó escapar un chillido. Keit la miró y ella se quedó sin voz, ahogándose de espanto.

—Si hubiera mantenido usted la boca cerrada, hermana, ese tipo aún viviría...

Se inclinó sobre él registrándole de arriba abajo. No llevaba nada encima, excepto la funda y el revólver.

Con el otro el resultado del registro fue el mismo.

—¿Cree que alguien habrá oído el disparo?

—No sé..., hay mucha distancia entre casa y casa. Quizá no.

—Ruegue porque así sea. ¿Qué dijeron estos monos respecto a sus propósitos?

—Querían saber dónde estaba Frank.

—¿Carpenter? Yo también quisiera saberlo. El visitó a un amigo mío en cierto sanatorio. ¿Le dijeron algo de eso esta pareja?

—No. Sólo dijeron que Frank les había telefoneado días atrás dándoles un recado de un tal Culver o algo así, pero que ya no habían vuelto a saber de él...

Keit frunció el ceño. Ahora sabía seguro que estaba sobre una pista sólida. Carpenter había servido de intermediario a Culver. Tal vez fuera, también, quien le ayudara a escapar.

—Mire, si los compañeros de esta gente encuentran a su amigo Carpenter antes que yo, usted se quedará viuda antes de la boda. ¿Entiende lo que le digo?

—S... sí...

—Así que si sabe, ayúdeme a encontrarlo primero.

—¡Pero si no sé nada de él! Nunca me habla de sus negocios. De vez en cuando se marcha, está unos días fuera y regresa.

—Lástima.

—¿Qué voy a hacer ahora con esos dos cuerpos? ¡Tiene que ayudarme a sacarlos de aquí si no quiere llamar a la policía!

—Vístase, y vaya a pasar esta noche en cualquier parte. A un hotel, a casa de una amiga... Cuando regrese mañana, esta basura ya no ensuciará su casa.

Ella le miró con ojos de perro agradecido. Keit se guardó el formidable revólver y abandonó la casa.

En la calle, un poco más allá del jardín, había un «Ford Mustang» blanco y su matrícula era AXM-299.

CAPÍTULO VIII

Keit abrió la portezuela resueltamente y se metió en el coche, al lado de la muchacha rubia que estaba rígida ante el volante.

Ella exclamó:

—¡Salga del coche o empiezo a gritar hasta que venga alguien!

—Si no ha gritado al oír un disparo en la casa, dudo que grite ahora.

Ella se estremeció.

—¿Se llama usted Carpenter? —balbució.

—Todo el mundo busca a Carpenter, esta noche. No, yo no soy el tal Carpenter, pero también quiero encontrarle.

—¿Quién disparó? ¿Usted?

—Sí.

—¿Contra quién?

—Había dos asesinos profesionales ahí dentro torturando a una mujer. La chica que vive con Carpenter, precisamente.

—¿Están...?

—Muertos.

—Yo sólo oí un disparo.

—El otro tiene el cuello roto. Ahora hableme de usted, Noemi.

—¿Cómo supo mi nombre?

—Sumando dos y dos. Y gracias a este cochecito que lleva.

—No le creo. ¿Quién es usted?

—Carradine, Keit Carradine.

—¡Keit Carradine! —exclamó, casi sin voz.

—¿Quién le habló de mí; Sam quizá, cuando le visitó usted en el sanatorio?

Ella se echó atrás en el asiento. Apoyó la cabeza contra el respaldo y cerró un momento los ojos.

En la oscuridad del coche su rostro resaltaba pálido contra la tapicería del asiento. Era mucho más hermosa que en la fotografía que él conservaba en el bolsillo.

Aún con los ojos cerrados murmuró:

—Todo esto es una pesadilla terrible...

—Compártala conmigo y se sentirá mejor. ¿Por qué quiere ver a Frank Carpenter?

—¿Y usted?

—Muchacha, así no llegaremos a ninguna parte. Veamos, ¿qué la unía a Sam Culver; por qué le visitó usted varias veces en sus últimos tiempos de sanatorio?

—Eso no puedo decírselo.

—Y lo otro tampoco, por lo que veo. ¿Le ayudó usted a escapar, le preparó aquel coche en el bosquecillo?

Ella sacudió la cabeza.

—No —susurró—. El me lo había pedido..., pero no pude hacerlo. El... no estaba bien..., sólo hablaba incoherencias.

—Si había planeado escapar, y lo había planeado tan minuciosamente, no estaba tan mal como aparentaba.

—Pero decía cosas horribles..., no pensaba más que en matar.

—Y ahora alguien lo está haciendo en su lugar.

—Sí...

—¿Carpenter quizá, es por eso que estaba usted esperándole?

—No lo sé. Me siento perdida, desbordada. No sé lo que está sucediendo ni por qué. Por eso deseaba hablar con Carpenter, para salir de dudas de una vez.

—¿Y pensaba que él la dejaría viva después, si resulta que es el asesino? Ya mató a una mujer en mí propia casa. Seguirá matando si no se le detiene a tiempo.

Ella no replicó. Continuaba en la misma postura, quieta y silenciosa, hasta que pidió:

—Deme un cigarrillo, por favor.

El encendió dos y le cedió uno ya encendido. Fumaron en silencio unos instantes.

Se oyó el chasquido de la puerta de la casa al cerrarse. Keit dio un respingo.

—Esa tonta es capaz de haber cerrado con llave —gruñó—. Espéreme aquí, Noemi.

Saltó del coche y fue al encuentro de la mujer que había salido de la casa.

—Si ha cerrado la puerta necesitaré la llave para sacar la basura —dijo, cerrándole el paso.

—¡Oh, es usted! Creí que se había marchado... Le daré la llave, aunque hay otra puerta atrás que está abierta.

—Muy bien. No hable con nadie de lo sucedido. Y no regrese hasta media mañana.

Ella asintió. Le entregó la llave y él la vio perderse en las sombras de la calle. Instantes después un coche arrancaba, alejándose hacia el centro.

El regresó al lado de la preciosa muchacha rubia.

—Se me ocurre que no se ha alterado usted demasiado al saber que dos hombres han muerto ahí dentro —comentó, sentándose a su lado otra vez.

—Me ha impresionado, pero después de todo lo sucedido hasta ahora creo que puedo soportar eso y mucho más.

—Entonces quizá no le importe prestarme su carroza por un rato.

—¿Mi...? ¡Oh!, se refiere al coche.

—Eso es. El mío es demasiado pequeño para cargar según qué clase de equipajes.

Ella dio un respingo, alarmada.

—¿Quiere decir... los cadáveres?

—Sí. No deseo comprometer a esa pobre chica.

—Pero..., pero es monstruoso. ¿Qué piensa hacer con ellos?

—Dejarlos en cualquier lugar solitario. La policía acabará por encontrarlos y se ocupará de ellos.

—Eso es inhumano.

—Le aseguro que una vez muertos, maldito si les importará. Además, unos tipos que son capaces de torturar a una mujer con un cuchillo no merecen muchas atenciones, a mi modo de ver. Mire, podemos meter uno en el portaequipajes. Es lo bastante grande para que quepa con holgura. El otro...

—¡Yo no llevaré esos cadáveres en mi compañía!

—No lo haga. Tome mi coche y váyase a casa. Cuando yo termine me reuniré con usted. No tiene por qué verlos siquiera.

Ella titubeó. Le miró fijamente un largo instante y al fin desvió

la mirada y susurró:

—De acuerdo. ¿Dónde está su coche?

—Al otro lado de la calle. Aquel rojo dos plazas. Tome las llaves. ¿Dónde la encontraré cuando haya terminado el transporte?

—¡No hable así! Son cuerpos humanos, no perros muertos.

—Si los compara con ellos insulta a los perros. Pero no discutamos por eso. ¿Dónde se aloja usted en Miami?

—Estoy en el motel Las Palmeras.

—Bien, váyase allí y tranquilícese.

Aún vaciló unos instantes. Después, abrió la portezuela y se apeó.

—Le esperaré —dijo—. Quiero que me hable de Sam Culver. De cómo era antes de... de que lo ingresaran en el sanatorio.

El enarcó las cejas. La vio atravesar la calle y meterse en el coche deportivo. Esperó hasta verla emprender la marcha y entonces él regresó a la casa, dispuesto a cumplir su palabra de dejarla limpia de cadáveres.

Si la bellísima Noemi hubiera visto su manera de manejarlos, con toda seguridad hubiera arreciado en sus protestas. Afortunadamente no estaba allí, y Carradine transportó los dos cuerpos al coche.

Al que había muerto de un balazo le taponó primero la herida antes de introducirlo, hecho un ovillo, en el portaequipajes. Al otro lo tiró en el asiento trasero del coche. Volvió atrás para cerrar las puertas y dejó la llave en la cerradura. Tras esto emprendió la marcha, impaciente por librarse de tan desagradable cargamento y acudir cuanto antes al encuentro de la turbadora jovencita rubia que de modo tan inesperado había aparecido en su vida.

CAPÍTULO IX

Encendió un cigarrillo y gruñó:

—Si me mira de ese modo para ver las huellas de sangre, olvídalo. Soy un asesino cuidadoso de los detalles.

Noemi hizo una mueca.

—Se complace en hablar de ese modo horrible. ¿Adónde llevó los cadáveres?

—Cerca del canal. En homenaje a usted no los arrojé al agua, sino que los dejé donde fueran encontrados en cuanto amanezca.

Ella suspiró. Keit dijo:

—Sería una gran cosa que pudiera preparar un poco de café negro. Tengo la impresión de que esta noche no vamos a pegar ojo.

—Está bien... ¿Me hablará de Sam Culver, después?

—De acuerdo.

Ella le dejó solo. Carradine aplastó el cigarrillo en un cenicero y luego abrió una puerta y dio un vistazo al interior. Era un dormitorio reducido. Vio una maleta cerrada en un rincón y otra abierta sobre una mesita. Estaba llena de ropas. El armario también estaba abierto y había algunas prendas tiradas en el fondo. Se acercó y se quedó mirando lo que había junto a las prendas de ropa. Era una hoja de papel de periódico manchada de sangre.

La levantó con las puntas de los dedos. Debajo apareció un largo cuchillo materialmente teñido de sangre seca.

Volvió a dejar el papel donde estaba y retrocedió. Se dejó caer sentado en una butaca y encendió otro cigarrillo pensando vertiginosamente.

Cuando ella volvió con el café, Carradine encendía el tercer cigarrillo en poco rato.

—No es muy bueno —se disculpó—, pero es el único que había

en la cocina.

—No importa. Siéntese y descanse ahora.

Ella le obedeció mirándole con sus grandes ojos interrogantes.

—Dígame cómo era Sam antes de... del sanatorio.

—¿No lo conocía usted? Quiero decir, antes de que fuera a visitarle.

—Nunca había oído hablar de él siquiera.

—Era un buen hombre. Tenía diez o doce años más que yo, pero nos llevábamos bien cuando trabajábamos juntos. Nos habíamos sacado de algún que otro apuro uno al otro y, en general, puede decirse que éramos grandes amigos. Luego, yo abandoné el trabajo...

—Creo que no quiere usted decirme nada de él. ¿Qué trabajo hacían exactamente; qué pasó para que él acabara encerrado en un sanatorio mental; por qué estaba tan lleno de odio? No me cuenta nada de todo esto.

El gruñó entre dientes:

—Muy bien, no creo que a estas alturas importe mucho que usted lo sepa. Sam y yo, y algunos más, estábamos inscritos en un departamento de espionaje. Oficialmente pertenecíamos a la CIA, pero operábamos con absoluta autonomía. En cuanto a lo que sucedió... Bien, fue una operación sucia y vil porque esos organismos secretos carecen de entrañas. Sólo les interesan los resultados.

Ella estaba lívida. Esperó con el alma asomándole a los ojos.

—Habían cazado a un agente soviético. Un tipo importante, al que lograron convencer para que actuara de agente doble. Había la dificultad de devolverlo sin que los rusos sospecharan. Además, había que asegurar que sería retenido en Rusia para que pudiera trabajar a nuestro favor. Eso sólo hay un modo seguro de conseguirlo, y es canjeando al agente, por otro que estuviera en poder del enemigo. Otro que fuera lo bastante importante para que no sospechasen... Bien, el chivo elegido fue Sam Culver.

—No comprendo... ¿Chivo elegido?

—Le enviaron al otro lado del telón de acero con una misión aparentemente normal, como habíamos realizado otras. Había que cubrir bien las apariencias y la operación se organizó de modo que fuimos varios los que intervinimos en ella sin saber entonces de qué

se trataba. Lo cierto es que cuando Sam estuvo allí, hicieron lo necesario para que fuera capturado. La idea era canjearlo por el agente que habían aleccionado, ¿entiende ahora?

—Sí... ¡Pobre Sam!

—Sí, claro, pobre Sam. Tuvo la suerte de espaldas porque le enviaron a Moscú y allí le sometieron a un tratamiento terrible. Desconfiaban, supongo, y quisieron asegurarse de que no había gato encerrado. Para ello le destrozaron materialmente. Cuando el canje tuvo lugar, Sam Culver deliraba y era un desgraciado que hubo que encerrar en el sanatorio, seguros de que ya no sanaría jamás.

Se sorprendió de que dos gruesas lágrimas se deslizaran por las mejillas de la muchacha.

Hubo un largo silencio y al fin fue Keit quien lo rompió:

—Ahora ya sabe por qué él estaba lleno de odio y sólo pensaba en matar a los que intervinieron en aquella porquería.

—Quería matarle a usted también.

Él se encogió de hombros.

—No me sorprende. ¿Se lo dijo a usted?

—Habló de los que le habían vendido, nombrándoles por sus nombres, aunque sólo hasta mucho después no comprendí que su deseo era matarlos. Por eso no quise acceder a ayudarle a escapar.

—Alguien lo hizo. Carpenter, seguramente.

Ella asintió en silencio.

—Dígame una cosa, Carradine. Antes de que pasara eso con Sam, ¿cómo era él, le habló alguna vez de su vida pasada, de su familia, de su ambiente o de su juventud?

—No, nunca. En nuestro trabajo no solemos ser muy expresivos al respecto, usted sabe.

Tras una vacilación, Noemi preguntó:

—¿Cree usted que podría localizar a los otros hombres que Sam había sentenciado? Si hasta ahora sólo ha muerto aquella mujer...

Se interrumpió de súbito, al advertir que había delatado su conocimiento de la muerte de Marion.

El esbozó una mueca.

—La que fue asesinada en mi casa —dijo, suavemente—. Se llamaba Marion Fordson.

—Lo sé.

—¿Por qué quiere localizar a los otros?

—¿No comprende? Para prevenirles a tiempo.

—El asesino les previene por teléfono. A Marion la advirtió que iba a morir. Supongo que hará lo mismo con los demás, incluyéndome a mí.

—¡Pero si no lo hiciera estarían inermes, desprevenidos!

—¿Sabe usted sus nombres?

—Sí... los recuerdo. Tuko creo, y un tal Sullivan. Usted y otro a quien él llamaba el viejo, y esa joven que murió en su casa.

—De modo que el viejo también. Ojalá sea el siguiente de la lista —rezongó Keit entre dientes.

—¿Quién es?

—El que planeó toda la operación de canje. Prácticamente fue él quien vendió a Sam, a los rusos.

—¡Oh!

—De todos modos no sé dónde localizar ni a Sullivan ni a Tuko. En cuanto al viejo no seré yo quien le ponga alerta. Es el único que, realmente, merece que le corten el cuello.

Ella se estremeció. De pronto dijo:

—Los busqué en las guías telefónicas sin ningún resultado.

—¿Fue así como me localizó a mí?

Ella enarcó las cejas.

—¿A usted?

—Sí que estuvo en mi jardín. Alguien la vio.

Se quedó helada.

—¿Quién...?

—Mi jardinero. Creo que incluso le gritó algo.

—¡Oh, aquel hombre! Pero ¿cómo sabía usted que era yo?

—No estuve totalmente seguro hasta que vi ese cuchillo en el armario, preciosa.

Se hizo mi silencio de muerte. El aprovechó para encender otro cigarrillo.

—Estoy fumando demasiado —se lamentó—. Esto es un mal síntoma. Significa que empiezo a notar el nerviosismo, más de lo conveniente. ¿Qué estaba haciendo allí, querida?

—Fui con intención de hablarle, de prevenirle. Usted fue el único a quien localicé gracias a la guía telefónica.

—¿Y el cuchillo?

Ella tardó un poco en responder.

—Vi al hombre que huía. Lo tiró en el seto, pero yo estaba demasiado lejos en aquel momento.

—¿Recuerda cómo era el hombre que vio?

—Llevaba un sombrero oscuro y un traje marrón. No pude ver nada más de él porque fue solo un instante. Le vi arrojar algo y desaparecer por la parte trasera de la casa. Tuve miedo, porque aquella actitud... Bueno, ya sabe. Intenté verle de nuevo y di un rodeo para ir a la calle que hay detrás de su jardín. Pero ya había desaparecido... Estuve segura que le había matado a usted.

—¿Y...?

—No supe qué hacer. Me alejé. Luego volví cuando recordé que le había visto tirar algo en el seto, pero ya estaba la policía y no pude acercarme hasta que se fueron. Así encontré el cuchillo.

—Ya veo. Creo que ahora puede decirme ya por qué, de repente, se interesó usted por Sam, y por qué condenada razón él confió en usted sólo con verla.

Ella sacudió la cabeza.

—No puedo decírselo. Aún no, por lo menos... hasta que esté segura.

—¿Segura de qué?

—No sé... Tal vez de mí misma.

El se levantó. Estaba nervioso y eso era un mal síntoma.

Dio unos pasos de un lado a otro.

Estaba cerca de la ventana cuando se puso rígido. Después giró sobre sus pies y exclamó:

—¡No se mueva de aquí! Hay alguien espiando desde fuera.

Saltó hacia la puerta y salió de la cabaña como una tromba.

Rodeó la pequeña construcción y corrió como un gamo. No pudo ver a nadie, pero al detenerse oyó aún los veloces pasos de alguien que se alejaba entre los árboles.

Empuñó el revólver que perteneciera al agente raso muerto y corrió de nuevo internándose en la arboleda. El fugitivo apareció un instante, sombra fugaz apenas visible, y luego se esfumó de nuevo.

Carradine forzó la carrera y se detuvo al otro lado de los árboles. Había un talud y bajo él una calle oscura por la que circulaban los coches.

Del perseguido no vio el menor rastro. Si tenía un coche esperándole allí ya debía estar lejos, fuera de su alcance.

Maldiciendo entre dientes, volvió atrás hasta reunirse de nuevo con la muchacha.

—Escapó —dijo, rechinando los dientes.

—¿Está seguro que había alguien?

—No me cabe ninguna duda. Vi el movimiento ahí fuera. Y luego entre los árboles, pero lo perdí.

—¿Cree que..., que era Carpenter?

—Estoy seguro que era el asesino. Si éste es Carpenter, entonces sí; era él.

—Entonces le habrá seguido a usted... Quiere matarle también.

—¿Y por qué no a usted? Esta cabaña la alquiló a su nombre, no al mío.

—Eso no tiene nada que ver. A mí no me hará ningún daño, estoy segura.

El la miró más intrigado que nunca. Hubiera querido saber a qué atenerse respecto a la muchacha, pero le asaltaban infinidad de dudas.

—De cualquier modo —gruñó—, si venía por mí ha fallado esta vez. Quizá ahora ataque a cualquiera de los otros...

Fue hacia el teléfono y descolgándolo marcó un número.

Cuando oyó la voz del viejo dijo:

—Aquí Carradine, señor.

—¿Ha cambiado de idea?

—No, en absoluto. Pero si usted sabe cómo localizar a Ed Toker y a Dick Sullivan, prevéngales de que están en la lista del asesino. Y, de paso, ocúpese de hacer testamento, señor, porque usted figura en esa lista también.

—Ya lo sé.

—A veces me gustaría encontrar algo que usted no supiera...

—El mismo criminal me advirtió por teléfono.

—Ya veo. Espero que eso le preocupe.

—No más que otras muchas cosas. En cuanto a Toker, ya no está en la lista. Ha muerto.

Él se estremeció.

—¿Cuándo?

—Anoche. Pusieron una potente carga explosiva en su coche. Cuando se separó de mí voló en pedazos.

—Ya veo. ¿Y Sullivan?

—Estoy tratando de localizarle. Ya contaba con que también estaría sentenciado. De cualquier modo, imagino que el asesino le habrá advertido lo mismo que a los demás.

—A mí aún no me ha llegado ningún aviso, aunque bien es verdad que estuve viajando de un lado a otro, hasta ahora.

—Escúcheme, Carradine. Necesito que vuelva a trabajar. Si quiere hacerlo por dinero le conseguiré cuanto pida, pero...

—No, señor. En ese aspecto mi respuesta sigue siendo la misma. Buenas noches.

Colgó, pensativo.

La muchacha murmuró:

—¿Qué le han dicho?

—Mató a otro... A Toker. Una bomba en su coche.

Ella contuvo el aliento.

—He de irme —dijo Keit—. Si está tan segura de que no atentarán contra usted puede quedarse aquí, pero sería más sensato cambiar de residencia ahora que él ya sabe dónde encontrarla.

—Estoy bien aquí.

Carradine la miró largamente, preocupado. Al fin se encogió de hombros y dijo:

—Volveré a verla tan pronto pueda, o tenga, alguna noticia que darle. O quizá venga sin ningún motivo concreto...

Se fue hacia la puerta y antes que la muchacha hubiera atinado a responder ya había desaparecido.

Sólo entonces a ella se le ocurrieron muchas más cosas que le hubiese gustado preguntarle... y no precisamente sobre Sam Culver.

CAPÍTULO X

Descolgó el teléfono al segundo timbrazo y escuchó una voz tensa:

—¿Carradine?

—Sí.

—Aquí Sullivan, Keit.

—¡Hola! Hacía años que no oía de ti.

—Sí, ya sé... Escucha, he recibido una llamada amenazadora. El tipo dijo que iba a matarme por lo que hicimos con Sam Culver. Te mencionó también a ti y al viejo, y dijo que había matado a Toker y a Marion...

—Te dijo la verdad, Richard. El viejo está intentando localizarte, para prevenirte.

—¿Qué demonios está sucediendo, Keit, lo sabes?

—No más que tú. Me devano los sesos pensando en quién diablos podía ser tan leal a Culver que quiera vengarle de este modo, pero no se me ocurre nadie. ¿Te dice algo el nombre de Frank Carpenter?

—No... Estoy seguro que es la primera vez que lo oigo.

—Entonces estás a oscuras como yo. De cualquier modo...

Se interrumpió porque en el auricular vibró un grito terrible. Luego hubo algo como un gorgoteo y el golpe del teléfono al rebotar sobre una superficie dura.

—¡Dick! —rugió, alterado—. ¡Sullivan!

No obtuvo respuesta. Oía un pesado jadeo y ruidos que no podía identificar.

Y, de repente, la voz:

—Ya sólo quedas tú, Carradine —oyó—. Después me ocuparé del viejo.

—¡Maldito carnicero! Estoy impaciente por que vengas a por mí

porque te haré pedazos, sólo por matar a Marion.

—Te dolió, ¿eh?

Sonó una abrupta carcajada y antes de cortar la comunicación el asesino aún dijo:

—La próxima noche, Carradine...

Y colgó.

Keit depositó el auricular, lentamente. Aquella voz distorsionada resonaba una y otra vez en su cerebro.

De modo que la próxima noche. Rechinó los dientes lleno de cólera.

Estaría esperándole.

Luego pensó en Sullivan, muerto en algún lugar que ignoraba. No cabía siquiera advertir a la policía, porque no quería que intervinieran la siguiente noche. Quería cazar él sólo al asesino... y obligarle a recordar a la pobre Marion, a medida que le hiciera pedazos.

El tiempo transcurrió sin que Keit lo advirtiera, sumido en profundas meditaciones, en esbozar una teoría tras otra sólo para rechazarlas apenas formuladas. Sabía que Culver había entrado en contacto con el espionaje ruso, por medio de Carpenter. ¿Para qué, con qué propósitos? ¿Sabía Carpenter lo que Culver deseaba de ellos, y si era así se atrevería a volver a buscar la oportunidad de entrevistarse con algún enlace soviético? O quizá lo hiciera por medio de la embajada...

Nada parecía tener sentido.

Amanecía cuando se durmió. Era el amanecer del que muy bien podía ser su último día vivo.

* * *

Finalizaba la tarde cuando vio aparecer el «Mustang» blanco que se estacionó en la calle, frente al *bungalow*.

Keit maldijo entre dientes porque la presencia de la muchacha, justamente en esas horas cruciales podría echarlo todo a rodar. Además, había perdido ciertos informes respecto a ella y hasta que supiera exactamente a qué atenerse deseaba estar solo.

La vio atravesar el jardín con pasos resueltos. Su bellissimo rostro estaba pálido y macilento.

Fue hacia la puerta y la abrió antes que ella llamara.

—Éste no es un buen lugar para ti —le espetó sin rodeos, cerrándole el paso—. Estarás más segura en el motel.

—¿Has escuchado las noticias de la radio?

—No. Ni he conectado la televisión.

—La policía informó que un hombre llamado Richard Sullivan fue asesinado anoche. Lo descubrieron esta mañana y...

—Sí, ya sé.

—¿Lo sabes?

—Pero no por la radio. Está bien, entra, pero te irás en cuanto hayas tomado un trago. O café, si lo prefieres.

—¿Cómo lo supiste, Keit?

—Yo estaba hablando con Sullivan por teléfono cuando el asesino le sorprendió.

Ella se quedó lívida, mirándole desconcertada.

—Está loco, Keit —susurró—. Nadie en su sano juicio cometería estos crímenes, sólo para vengar a un amigo.

—Loco o cuerdo, esta noche vendrá a por mí. Entonces le cazaré.

—¡Keit!

—Me lo advirtió por teléfono después de matar a Sullivan. De modo que debes alejarte de aquí y pronto. Quiero estar sólo esta noche.

—Pero... ¡Te matará! Es astuto y no vacila... ¿No te das cuenta?

—Yo vacilo menos que él, a la hora de matar. Nos adiestraron para eso.

Ella se retorció las manos. De pronto sugirió:

—¡Llama a la policía, Keit! Es la solución..., montarán vigilancia y...

—Nada de policía. ¿Qué prefieres, café, *whisky*; un refresco quizá?

—*Whisky* y un poco de hielo.

El preparó los vasos. Acababa de llenarlos cuando sonó el teléfono. La muchacha dio un respingo. El sonrió.

—Tranquila. Ya me avisó. No volverá a llamar otra vez.

Descolgó el aparato y dijo su nombre.

Escuchó arrugando el ceño.

—¿Está seguro...? Sí, claro que sí... Eso lo dudo, señor. No son

crímenes de mujer ni mucho menos.

Escuchó casi un minuto más y colgó. Tomó el vaso y lo sorbió poco a poco. Sus ojos tenían un extraño fulgor al fijarse en la muchacha que le miraba expectante.

—¿Qué pasa, Keit?

—Quisiera que me dijeras qué te unía a Culver, Noemi.

Ella desvió la mirada y no respondió.

—Acabo de saber que el hombre que murió en Tampa no era tu padre, sino que te había adoptado siendo tú una niña de dos años.

Noemi palideció más todavía, si eso era posible.

—¡Lo sabes! —jadeó.

—Acaban de informarme ahora mismo. Fuiste adoptada por el matrimonio Kerr porque ellos no podían tener hijos. No dejes que tenga que adivinarlo todo por mí mismo.

—Keit, por favor...

—¿Qué era Culver para ti?

Ella empezó a llorar mansamente por toda respuesta.

—Las lágrimas no te llevarán a ninguna parte. ¿Era tu padre, acaso?

Ella se quedó sin aliento, mirándole entre el velo de lágrimas.

—Era tu padre —repitió Keit—. ¿Cuándo lo supiste?

—Al morir él...

—¿Kerr?

—Sí. Le amaba como a mi padre. Fueron siempre tan buenos conmigo... Y él no vivió más que para mí después que murió su mujer. Pero cuando murió me dijo que... que yo no era su hija..., que buscara unos documentos en su caja fuerte... Así supe el nombre de mi padre.

—¿Y cómo diste con él?

—También hallé el rastro, en los documentos de la caja. Mi... el que había sido mi padre estuvo muy preocupado por mí los últimos tiempos, cuando se sentía fatigado, enfermo. Realizó averiguaciones por medio de una agencia de investigación privada y supo que un hombre llamado Samuel Culver estaba recluido en un sanatorio. Fui a verle... Lo demás ya lo sabes.

—Comprendo...

—Sam dijo que mi madre murió al nacer yo. Que había dejado que me adoptaran para mi seguridad y bienestar...

—Eso es cierto. Una hija pequeña en nuestro podrido oficio es un billete para la eternidad. Tener familia significa el talón de Aquiles de todo agente, porque por medio de la familia pueden presionarle, acabar con él, obligarle a hacer cualquier cosa. Por eso prefirió separarse de ti.

Ella asintió y no dijo nada, limitándose a seguir sollozando.

—No obstante, hay quien sospecha de ti. Han adivinado la verdad y nadie mejor que una hija para vengar a su padre.

Ella se irguió, incrédula.

—¿Quieres decir que alguien cree que yo..., que yo he cometido esos crímenes horribles?

—Si no lo creen, por lo menos consideran la idea.

—¡Pero eso es absurdo!

—Y ellos no saben aún que guardas aquel cuchillo.

—Aún no sé por qué me lo llevé. Fue un acto instintivo...

—Bien, acaba el *whisky* y márchate. Cuando oscurezca empezará el peligro aquí y quiero estar solo.

—No quiero beber más, Keit.

—Entonces, adiós.

Casi la empujó hacia la puerta. Allí la joven se detuvo resistiéndose a salir.

—¿No crees que debería quedarme? —susurró—. Si yo estuviera aquí, ese hombre no se atrevería a atacarte.

—O te mataría también. Olvídalo. Quiero que ataque, precisamente para acabar de una vez con este asunto.

—Keit...

—Date prisa...

Con la puerta abierta, él miró al exterior. El crepúsculo oscurecía ya el jardín.

—¿Me llamarás si sucede algo?

El asintió.

—Seguro.

—Estaré esperando levantada, Keit. Por favor, ten cuidado.

—Siempre lo tengo cuando se trata de mi cuello. Ahora adiós.

La besó ligeramente y cerró la puerta. Fue a la ventana y la vio atravesar el jardín, acomodarse en su coche y partir.

Entonces, y por primera vez en su accidentada vida, se sintió más solo que nunca...

Solo, en compañía de la muerte.

CAPÍTULO XI

El jardín era un pozo de sombras. Sólo en las proximidades de la ventana iluminada las tinieblas cedían el paso a una leve claridad.

Carradine dio un vistazo en torno. La proximidad de la acción no le alteraba más que otra cosa cualquiera, pero la incertidumbre sí hacía mella en su ánimo, lo que le hizo pensar que los años no habían pasado en balde, por sus nervios.

Todo estaba tal como quería. Entonces realizó un último recorrido por toda la casa, deteniéndose unos instantes en la otra fachada donde la terraza se abría casi sobre el mar, cuyo rumor perezoso llegaba hasta él envolviéndole más en el silencio de la tierra.

Puertas y ventanas estaban cerradas. El asesino sólo podría entrar por una de ellas a menos de violentar cualquier otra, con lo que se delataría sin remedio.

Fue a servirse un *whisky*, lo saboreó y, al fin, apagó la luz y se hundió en una butaca.

Apenas lo había hecho sonó el teléfono.

Lo descolgó, después de dejarlo sonar varias veces.

—Hable —gruñó.

—¿Keit?

—Aún estoy vivo si es eso lo que te preocupa, Noemi.

—Estaba tan impaciente..., tan inquieta...

—Te dije que no te preocupases por mí. Y se me ocurre que te preocupas demasiado. Yo te llamaré cuando todo esto haya concluido.

—Keit, por favor...

—¿Sí?

—Nada, olvídalo. No es éste el momento. Sólo ten cuidado.

—Bueno, mujeres...

Colgó, gruñendo, y entonces vino una voz dijo a sus espaldas:

—No se mueva, Carradine. No aparte las manos de la mesilla.

Se quedó rígido. La breve distracción del teléfono, y aquel demonio había entrado justo por donde debía entrar.

No obstante...

—Está bien —dijo—. No me muevo.

Oyó moverse a aquel hombre y después el cañón de una pistola se apoyó en su nuca.

—Sólo para que sepa que no bromeo..., pero no dispararé a menos que me obligue.

Cada vez lo entendía menos. Si no quería disparar, ¿por qué le había sorprendido?

—No creo que hayas venido a felicitarme las pascuas —gruñó.

—Carradine, sólo quiero hablarle.

Entonces advirtió el leve acento exótico de la voz y algunas cosas se aclararon.

—Le confundí —dijo—. Creí que era otra persona. Usted es ruso. Hubo una breve exclamación.

—Yo creí que hablaba bien su idioma.

—Casi perfecto, para cualquiera que no hubiera sido entrenado como yo. Sea lo que fuere que le preocupa, suéltelo y acabemos.

—Un hombre murió en su jardín...

—Seguro. Uno de los suyos.

—Aquel perro no trabajaba para nosotros, pero eso no importa. Koerper hubiera vendido a su madre por dinero.

—Ya veo adónde va a parar.

—¿Qué le propuso, qué vino a venderle a usted?

—Nada. No hablé con él, ni siquiera le vi, hasta que la policía lo descubrió tirado ahí fuera.

—Pruebe otra vez, pero le advierto que no dispongo de mucho tiempo.

—Mire, aquella noche yo estaba aquí con una mujer excepcional. No recibí ninguna visita. A Koerper debieron matarle antes de que llegara a la puerta.

—No le creo, Carradine. Esto va a ser más desagradable de lo que había pensado.

—Ustedes son cómicos, hermano. Tardan un montón de días a

preocuparse por el tipo muerto y ahora viene con prisas. Koerper debía estar en mala situación para que viniera a verme a mí. Yo estoy fuera del servicio. Ya no trabajo, de modo que no hubiera podido hacer nada por él, aunque lo hubiese querido.

—Sabemos que ya no está en la lista, pero usted es uno de los mejores con que contó su organización. Su opinión pesaría en un caso determinado...

—Mi opinión no vale un centavo, en la actualidad.

—¿Ni siquiera en el asunto Culver?

—Ahí las cosas cambian.

—¿En qué sentido?

—Culver murió, pero alguien está vengándole. Me han amenazado de muerte y quien sea que lo hizo ha matado ya a varios de nosotros.

—Lo sabemos. Mire, Carradine, usted es un profesional y yo también. Voy a hablarle con sinceridad y usted hará lo mismo si quiere evitar que yo apriete, el gatillo. ¿Comprende?

—Seguro.

—Recibimos la visita de cierto individuo poco antes de la fuga de Culver. Nos propuso un trato..., un trato importante. Culver nos vendería una información que aquel individuo aseguró que era vital para nuestro sistema de seguridad. No mentía, ni era una broma. Dijo que Culver quería cien mil dólares a cambio. Le prometimos hacer los arreglos necesarios para disponer del dinero en la fecha que él dijo, pero Culver murió y ya no hemos vuelto a saber una palabra del individuo. Pero Koerper sabía lo sucedido. Koerper pensó venderle el informe a su organización, Carradine. Estamos seguros que quería servirse de usted para hacer los ajustes, cobrar y esfumarse.

—Y ustedes lo mataron.

—No. Quien fuera que lo mató no era ninguno de nosotros.

—Ya veo... El hombre que hizo de intermediario se llamaba Carpenter. ¿Es así?

—Cierto. Y el hecho de que lo sepa...

Se interrumpió cuando el teléfono rompió a llamar.

Carradine gruñó:

—¿Qué hago, lo descuelgo o qué?

—Levántese y camine hasta el diván.

Keit obedeció, apartándose así del teléfono. Desde el diván pudo ver por primera vez la silueta oscura del hombre. Era alto y fuerte y la pistola que empuñaba era automática y estaba provista de un largo silenciador.

El teléfono seguía sonando, estridente y monótono. El agente ruso aún le advirtió:

—No haga el menor ruido o dispararé, Carradine.

Luego descolgó el auricular y gruñó:

—Hable.

Una voz ronca preguntó:

—¿Carradine?

—Sí.

—Espera un momento... quiero que oigas algo.

—¿Oír qué?

No hubo respuesta. Luego, de repente, todo el cuerpo del agente sufrió una salvaje contracción y un brillante chispazo desintegró el auricular con un violento chasquido.

Keit dio un brinco en el instante en que el ruso se desplomaba fuera de la butaca con los cabellos ardiendo. El auricular y su mano izquierda eran una masa informe y chisporroteante, materialmente fundidos uno en la otra por efecto de la tremenda descarga eléctrica.

Carradine lo miró unos breves segundos con la mente girando como un torbellino. Muchas cosas estaban claras, entonces. Echó a correr y salió de la casa como un rayo.

Voló materialmente a través del jardín, salió a la calle y se lanzó cuesta abajo. Los cables de alta tensión más próximos pasaban a un tiro de piedra de la esquina. El asesino sólo podía haber conectado los del teléfono con los de alta tensión allí o de lo contrario hubiera incendiado los aparatos telefónicos en diez millas a la redonda.

Vio a un hombre al pie de un poste metálico. El hombre le oyó llegar y se volvió, sobresaltado. Instantáneamente abandonó el maletín que estaba cerrando y echó a correr.

—¡Párate ahí! —rugió Keit sin detenerse.

El otro se volvió sin pararse y disparó. Una bala pasó zumbando sobre la cabeza de Carradine.

Éste no se detuvo tampoco, pero sacó el enorme revólver ruso que le había quitado al hombre que mató en casa de Edith y apretó

el gatillo, a su vez.

El tremendo estampido se multiplicó por el eco, desperdigándose por los jardines de la avenida.

El fugitivo dio un traspié y luego desapareció más allá de la espesura de un parque. Carradine maldijo y aumentó la velocidad de su carrera.

Dentro del parque oyó los pasos raudos de su perseguido, aunque no pudo verle. No obstante, supo que se acercaba a él cuando el ruido de aquellos pasos sonó más próximo.

Keit sabía que iba a matar a aquel hombre, tan seguro como que respiraba. En realidad no ansiaba nada más ahora. Sólo matar, porque aquel ser que huía como una fiera acosada se había convertido en una bestia salvaje que no merecía vivir.

Oyó los silbatos de la policía sonar en varias direcciones, atraídos los guardias por los estampidos de las armas. Pero no les prestó ninguna atención porque todos sus sentidos se centraban a captar el ruido de la carrera del fugitivo.

Entonces, bruscamente, aquellos pasos que le guiaban cesaron y todo fue silencio a su alrededor.

Carradine se detuvo en seco, agazapado en la oscuridad. Ahora sí oyó claramente los silbatos, y algunas voces lejanas. Pero no era nada de eso lo que él quería oír, sino a su adversario, a aquel hombre que debía morir.

Pero en eso no tuvo éxito. Era como si el individuo se hubiera esfumado en el aire.

«Está quieto, esperando», musitó para sí Carradine.

Se movió con extremada cautela, como en los viejos tiempos que ya creía olvidados. Aquélla era una lucha de nervios, un juego mortal en que vencería el que más tiempo lograra dominar sus impulsos y su miedo.

El enemigo podía estar agazapado como él, en cualquier parte. Detrás de ese tronco, o más allá de esos matorrales, dispuesto a clavarle una bala que le libraría del peligro. Podía aparecer a su espalda y asesinarle impunemente...

Keit Carradine sabía todo eso, pero, por alguna extraña razón, estaba seguro de que sería él quien vencería, quien conseguiría matar a aquel engendro del infierno.

Entonces empezaron a resonar pasos por todas partes, y voces, y

gruñidos, y de pronto a sus espaldas apareció un guardia asustado que chilló:

—¡Suelte la pistola!

Carradine suspiró. Había perdido.

Dejó caer el revólver y levantó las manos, con cautela.

El guardia ordenó, más asustado que él:

—¡Tiéndase en el suelo y coloque las manos sobre la cabeza, vamos, aprisa!

Debía ser un jovenzuelo recién salido de la academia, pensó Carradine. Mucha teoría del delito y poca práctica, porque al tenderse en el suelo, de haberlo querido, hubiera podido empuñar otra vez el revólver y fusilar al policía cien veces antes que se diera cuenta.

No obstante, obedeció.

El agente empezó a soplar el silbato como si quisiera ganar un campeonato. Cuando sus compañeros llegaron encontraron a Carradine tumbado en el suelo, las manos sobre la nuca y un enorme revólver a un palmo de su cara.

CAPÍTULO XII

El teniente Weyler gruñó:

—Nadie puede tomar la justicia por su mano y usted lo sabe perfectamente...

—Yo hubiera cazado al asesino de no haber aparecido su manada de elefantes alborotando todo el parque.

—O él le habría matado a usted, cualquiera sabe.

Dio un vistazo al cadáver electrocutado que yacía al pie de la butaca y sacudió la cabeza.

—No había visto un crimen como éste, en mi vida —comentó, incrédulo—. El maldito tipo pudo haber electrocutado a medio distrito... Bueno, cuénteme otra vez todo lo que pasó.

Pacientemente, Carradine repitió el relato de cuanto había sucedido. Cuando calló, Weyler no parecía precisamente un hombre feliz.

—Quisiera que me lo contara todo —dijo—. Usted se guarda la mitad, por lo menos, de lo que sabe.

—Ésa es sólo una opinión suya.

Weyler iba a replicar cuando la llegada de un agente le hizo volverse en redondo.

—¿Encontraron algo? —Gruñó.

—Rastros de sangre, teniente. El fugitivo debe estar herido.

—Eso puede ser una gran cosa. Cursen un aviso a los hospitales. Que lo transmitan por radio y televisión, para que todos los médicos estén advertidos si se les presenta un herido de bala.

—Estaba seguro de haberle acertado —dijo Keit, sombrío.

—Y una bala de ese condenado revólver ruso debe hacer un buen agujero... ¿Sigue aferrándose a la historia de que se lo quitó a ese tipo?

Señaló el cadáver del agente ruso. Keit se encogió de hombros.

—Ya le he contado cómo sucedieron las cosas. No tengo nada que añadir.

El policía suspiró, disgustado.

—He ordenado unas cuantas investigaciones respecto a usted, Carradine —dijo—, de modo que cuando reciba los resultados quizá esté en posición de apretarle las clavijas.

—Hasta entonces, teniente, habrá de esperar.

—Dígame una cosa por lo menos... Sólo una maldita cosa y me iré.

—Pruebe a ver.

—¿Sabe usted quién es el asesino?

—Sí.

Weyler soltó un quejido.

—Lo suponía —dijo, desalentado—. Pero no me dará usted el nombre...

—No.

—Sigue pensando en cazarlo usted.

—Así es.

—Y en hacerle pedazos por lo que él hizo con aquella mujer. Es sólo por eso que quiere atraparlo...

Carradine no respondió esta vez.

—Muy bien —dijo Weyler—. Ojalá no deba arrepentirse usted de su actitud. El hombre capaz de idear un asesinato como este del teléfono, no es un ser normal que uno pueda atrapar fácilmente. Tal vez en esta ocasión, Carradine, el cazador resulte cazado.

—Pudiera suceder. No me quejaré si las cosas salen mal.

—No, de esto estoy seguro, no tendrá usted oportunidad de quejarse. De cualquier modo, llámeme si cambia de opinión.

Se fue mascullando quejas entre dientes.

Keit fue a cerrar la puerta, pero allí tropezó con los enfermeros que llegaban para retirar el cadáver del agente ruso. Esperó hasta que se marcharon y entonces cerró, asegurándose de que le daba vuelta a la llave.

Regresó a la sala y consultó la guía telefónica, anotó un número y luego se dirigió a su dormitorio. De un cajón sacó una enorme automática «Luger», viejo recuerdo de un agente adversario. Comprobó la carga y tras esto volvió a abandonar la casa.

Vio un coche de la policía parado al otro lado de la calle y torció el gesto. Weyler debía haber ordenado que le vigilaran.

Sacó su propio auto y emprendió la marcha. El auto-patrulla se apartó de la acera y le siguió.

Se detuvo ante la primera cabina telefónica que halló a su paso. En el aparato disco el número que había anotado y oyó zumbir el timbre al otro extremo de la línea. Nadie respondió.

Volvió al coche apresuradamente. El patrullero se puso en marcha otra vez en su persecución. No utilizaban ni el faro giratorio ni la sirena, pero no intentaban siquiera disimular su presencia.

Carradine apretó el acelerador y el veloz coche deportivo pareció saltar adelante. En unos segundos adquirió una velocidad endiablada, con el patrullero rugiendo tras él, cada vez a mayor distancia.

Al fin lo perdió de vista, torció a la derecha y dio unas vueltas más despacio, asegurándose de que el coche de la policía había perdido definitivamente su pista.

Se cruzó con algunos autos, escasos a esas horas de la madrugada, pero del policíaco ya no vio ni rastro. Entonces enfiló la ruta que deseaba y diez minutos más tarde detenía el coche bajo la sombra de las palmeras que bordeaban el perímetro del motel donde se alojaba Noemi.

Se apeó y miró en torno. Pasó un taxi con la luz de libre, encendida, y se perdió más allá de la amplia curva que conducía al paseo de la playa. Otro coche oscuro surgió de una calle transversal y se alejó también.

Luego, todo fue silencio, roto solamente por el rumor del mar que llegaba lejano hasta allí.

Keit se internó por los jardines del motel. Como una sombra se deslizó entre la vegetación tropical esquivando las oscuras y dormidas cabañas.

En la que él buscaba había luz en una ventana.

También estaba el coche de Noemi bajo el cobertizo de palmas.

Carradine se detuvo junto a la ventana iluminada. Una honda angustia le dominaba, algo como muy pocas veces había experimentado en su vida.

Escuchó y pudo oír el rumor de unas voces dentro de la cabaña. Si alguna duda le hubiera quedado, aquellas voces se la disiparon.

Fue hacia la puerta y examinó la cerradura. No había modo de abrirla sin delatarse.

Siguió rodeando la construcción hasta la fachada posterior. Allí había otra puerta que comunicaba con la cocina. La tanteó y la puerta cedió en silencio.

Recordaba perfectamente la distribución del interior, de modo que pudo sortear fácilmente los obstáculos. Oyó más claramente las voces en la estancia delantera. Luego vio la luz por debajo de una puerta y se detuvo.

La voz de la muchacha sonó como un lamento.

—¡Es una pesadilla..., una horrible pesadilla!

La voz del hombre fue apenas un gruñido. Luego, seca y alterada, exclamó:

—¡Cuidado con lo que haces..., la bala aún está dentro!

—Yo no puedo quitártela; sólo desinfectar la herida. Habrá que llamar a un médico.

—Eres idiota, chica. A estas horas, todos los médicos de la ciudad habrán sido advertidos para que denuncien cualquier herido de bala que se presente.

—Entonces, ¿cómo lo haremos?

—No lo sé. ¿Te importaría mucho dejarme morir como un perro?

El hombre se echó a reír.

Carradine tanteó el tirador de la puerta. Empezó a girarlo muy despacio, hasta conseguir una abertura de un par de pulgadas.

A través de ella dio un vistazo al interior. Vio a Noemi junto a una mesita sobre la que había trapos manchados de sangre y un frasco de desinfectante. La muchacha se inclinaba sobre una butaca en la que estaba sentado el herido.

La butaca estaba de espaldas a la puerta, de modo que Carradine no podía ver al hombre sentado en ella. Aunque eso ya no le importaba en absoluto, porque sabía perfectamente quién era.

Abrió la puerta y entró.

—No te muevas ni una pulgada o te vuelo los sesos —advirtió rechinando los dientes—. Tú, Noemi, apártate de ahí.

La muchacha emitió un grito de terror. El hombre de la butaca no se movió. Sólo dijo:

—Yo también tengo una pistola en la mano y dispararé contra la

chica si...

—¿Y matarás a tu propia hija? No dudo que estés loco, pero no hasta ese extremo.

—Ya veo..., Carradine.

—Sí.

—¿Sabías que yo no había muerto en el accidente?

—Lo he sabido esta noche, cuando he visto el truco del teléfono.

—Tienes siete vidas, hermano. ¿Cómo te libraste?

—No fui yo quien tomó el auricular.

—Siempre fuiste muy afortunado...

—Te vi poner en práctica esta jugarreta del teléfono, en Berlín. Sólo tú podías estar detrás de esta cadena de salvajadas... De modo que las cosas han llegado al final, Sam Culver.

—¿Piensas pegarme un tiro?

—Lo estoy deseando desde que mataste a Marion.

—No lo harás, Keit. Y menos en presencia de una muchacha que se ha enamorado de ti. ¿Qué clase de amor podrías ofrecerle si matases a su padre?

Noemi se estremeció. Carradine rechinó los dientes.

—Levántate, Sam —dijo.

—Te repito que tengo una pistola.

—No te servirá esta vez.

—Prueba a ver.

Keit miró a la muchacha. Las lágrimas se deslizaban por las pálidas mejillas de Noemi.

Como si ella entendiera su muda interrogación, balbució:

—Es cierto, Keit..., está amenazándome con una pistola.

—Y la utilizaré si no me entregas tu arma, Keit.

—Entiendo.

—¿Qué esperabas? Me convirtieron en lo que soy, yo no pedí que me destrozaran para satisfacer al viejo. Y ahora va a pagarlo porque le mataré a él, también. Pero además, advertiré a los rusos que el tipo que canjearon por mi está traicionándoles desde entonces.

—¿Eso es lo que piensas venderles por cien mil dólares?

—¿También averiguaste eso?

—No lo conseguirás, Sam.

—Tú no lo verás porque estarás muerto... a menos que quieras

ver morir a esta chica. Ella no significa nada para mí a estas alturas... ¿Qué decides?

Carradine examinó el respaldo de la butaca. Forzosamente Culver debía haber perdido facultades. Debía haber imaginado que una bala atravesaría la butaca como si fuera mantequilla.

—No, Sam, no puedo dejarte que sigas matando —decidió.

—Entonces, empieza a despedirte de tu joven amor, Keit.

Carradine tensó el dedo en el gatillo. Hubiera querido advertir a la muchacha que se arrojara al suelo, que se moviera en el mismo instante en que sonara el estampido.

Impaciente, Sam Culver gruñó:

—Tienes tres segundos, Keit. Después, ella muere.

—Tú ya estás oficialmente muerto, Sam. Nadie va a pedirme cuentas por lo que haga contigo.

—¡Oficialmente muerto! —cacareó el demente—. ¡Eso está bien! Hasta la suerte se alió conmigo. Carpenter ocupó mi puesto en el coche, les dije que tendríamos más oportunidades si nos separábamos... El hecho de que se estrellaran fue un golpe de fortuna para mí, porque me dieron oficialmente por muerto...

Soltó una corta risita desagradable y luego añadió:

—¡Uno, Keit!

En aquel instante los cristales de la ventana saltaron en pedazos y el vozarrón del teniente Weyler rugió:

—¡Las armas al suelo, pronto!

Todo se convirtió en un torbellino. Sam Culver se arrojó fuera de la butaca y disparó contra la ventana. Keit dio un salto inverosímil y se arrojó sobre Noemi, derribándola y rodando los dos en confuso alboroto de brazos y piernas, mientras las armas tronaban, estremeciendo toda la cabaña.

Carradine logró soltarse de la histérica muchacha y se revolvió en el suelo levantando la automática. Vio a Sam Culver cómo se desplomaba de bruces, sangrando y emitiendo un ronco quejido, y a Weyler en la ventana con un revólver de reglamento humeante en la mano.

Se levantó, aspirando el acre olor de la pólvora.

Sam Culver se estremeció hecho un ovillo. Luego, estremeciéndose, quedó rígido. Había muerto.

Weyler masculló:

—¿Qué infiernos esperaba usted, que matara a la chica?

—Iba a disparar, cuando usted lo hizo por mí, Weyler. Y creo que se lo agradezco.

—¿Creía que yo era idiota, Carradine? Le puse el auto-patrulla como señuelo. Usted lo despistó, pero tenía otro más discreto y más rápido que le siguió todo el tiempo.

—Ya veo... He perdido facultades yo también.

—¿Qué facultades ni qué...? Carradine, para andar a tiros hay que haber sido adiestrado, y usted es un pobre aficionado.

Carradine enarcó las cejas. Si Weyler hubiera podido saber la verdad que se ocultaba detrás de su pasado se hubiera caído de espaldas.

Ayudó a Noemi a levantarse. Los ojos de la muchacha estaban fijos en aquel hombre muerto que había sido su padre. Un padre muy distinto de los demás...

—Lo siento, Keit —susurró—. Cuando se sintió herido vino a mí... no creo que hubiese disparado contra su propia hija.

—No lo sé, su mente no razonaba normalmente. De cualquier modo es preferible no haberle dejado que lo demostrara. Vamos, te sacaré de aquí.

Weyler rezongó:

—Tiene usted mucho que explicarme, Carradine, de modo que no quiero perderlo de vista.

—Mire, le daré el teléfono de un hotel y un nombre. Llame por teléfono a ese caballero y él le facilitará todas las explicaciones que necesite..., aunque apostaré doble contra sencillo a que, al terminar, no se ha enterado usted de nada.

—No me salga ahora con nuevos misterios...

—Tome nota. El teléfono es el del hotel Paradise...

Weyler tomó nota rutinariamente. Dudó. Miró a la muchacha y a Carradine, y luego al cadáver que aún se desangraba en el suelo.

—Muy bien, pero cuando termine con ese individuo iré a su casa, Carradine. Y entonces no admitiré una evasiva más.

—De acuerdo.

Salió llevando a la muchacha sujeta por la cintura. Cuando el policía fuera al lujoso *bungalow* seguramente se llevaría una buena sorpresa. Carradine puso en marcha el coche y sin una palabra se encaminó al hotel Hilton, donde estaba seguro de que nadie iría a

estorbarles en ésa su primera noche...

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los

ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.
- Milly Benton.

- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.